

ATENE O

ORGANO DEL ATENEO DE EL SALVADOR

— Ubi Scientia, Ibi Patria —

Director y Redactor: JUAN FELÍPE TORUÑO

Tercera época-No. 167

San Salvador, El Salvador, Julio, Agosto y Sept. de 1945

Año XXXII

HOMENAJE

del Ateneo de El Salvador al Gral. e Ing. don

JOSE MARIA PERALTA LAGOS

El 22 del mes de julio, con motivo de cumplir un año el fallecimiento del General e Ingeniero don José María Peralta Lagos, el ATENEO DE EL SALVADOR, de acuerdo con la Academia Salvadoreña de la Lengua, correspondiente de la Española y con la Universidad Autónoma de El Salvador, acordó un homenaje que tuvo efecto en el Paraninfo del Alma Mater. Igualmente el ATENEO, dispuso dedicarle parte de esta revista a su memoria.

Ya en otras ocasiones nos referimos a la obra meritoria del distinguido hombre de letras y de armas, quien fué por muchos años Miembro Activo de nuestra Institución, habiendo desempeñado cargos de Presidente y de Vice-Presidente.

El acto de la Universidad fué de suma resonancia, habiendo concurrido a él lo más conspicuo de la intelectualidad salvadoreña, así como del elemento social. Cuerpo diplomático y Consular se hizo presente y miembros del Ejército y de la Academia Militar estuvieron en el aula máxima del Primer Centro de cultura del país.

Llevó la palabra en este Homenaje, a nombre del ATENEO DE EL SALVADOR, el Secretario señor don Juan Felipe Toruño. Lo hizo por la Academia Salvadoreña de la Lengua, el Canónigo doctor Francisco Castro Ramírez y por la Universidad Autónoma, el doctor Max Patricio Brannon.

En este número publicamos los discursos pronunciados, Acuerdos del Comité que laboró eficientemense para que el tributo fuviera el aspecto elevado que tuvo, así como el Acuerdo de la Sociedad de Beneficencia Española, que dispuso

para el mejor trabajo que se presentara cada año. 'De todo esto, la prensa del país hizo sendos comentarios.

Para dar una idea de ello, republicamos aquí la crónica de la PRENSA GRÁFICA, diario de esta capital, con los detalles más salientes de aquel acto.

Por nuestra parte cumplimos con un grato deber.

Merece tal recordatorio quien supo hacer de las letras y del decoro, armas que no pudieron quebrarse jamás; a través de una serie de acontecimientos en que se vió envuelto el bien recordado militar y literato cuando desempeñaba la cartera de Guerra, en un Gobierno de El Salvador y no obstante los atractivos e insinuaciones de quienes le impulsaran a hechos que él supo, alvivamente, rechazar.

El ATENEO DE EL SALVADOR, en esta, como en todas las ocasiones, reconoce méritos. Y ahora, como siempre, está dispuesto a proclamar los de quienes los posean, en un deber de justicia y de acatamientos a derechos que se hayan adquirido con elevación, con honor, con dignidad y con limpieza de pensamiento.

Sean así, estas páginas y este tributo espontáneo, para el General don José María Peralta Lagos, asiduo trabajador, honesto ejemplar del hombre de pensamiento limpio, para el bien y para la cultura.





**Gral. e Ing. don
José María Peralta Lagos**

El Homenaje a la Memoria del Gral. e Ingeniero don José María Peralta L. el domingo 22 de Julio.

En el Paraninfo de la Universidad Autónoma, nuestro máximo centro de cultura, tuvo lugar el domingo, de las nueve horas en adelante, el homenaje a la memoria del general e ingeniero don José María Peralta Lagos, con motivo del primer aniversario de su muerte.

Descollantes instituciones de la vida nacional, estuvieron representadas en este acto organizado por el Comité respectivo con la colaboración de los amigos del extinto, de la Academia de la Lengua, del Ateneo y de la Universidad.

El aula máxima se vió colmada de un público selecto, entre el que figuraban miembros del cuerpo diplo-

mático y consular, catedráticos, académicos, periodistas, profesores, miembros de la colonia española y delegaciones especiales de la Escuela Militar y de la Guardia Nacional. La primera al mando del teniente Ramos Ramírez y la segunda al mando del capitán Eugenio Cardona. La viuda, hijos y familiares del extinto ocuparon sitio de honor. Presidieron el acto el Sr. Rector de la Universidad Dr. Carlos A. Llerena, el Dr. Emeterio Oscar Salazar y demás miembros del Comité Pro-Homenaje.

Como iniciación del acto el Dr. Julio Enrique Ávila dió lectura al acta del Comité que dice:

Acta del Comité Pro-Homenaje al General e Ingeniero don José María Peralta Lagos.

La muerte de José María Peralta Lagos ha conmovido a la Sociedad Salvadoreña:

Fué un patriota que defendió y enalteció a El Salvador, convirtiéndose en celoso guardián de sus hermosas tradiciones.

Como militar, dignificó al Ejército y no sintió las concupiscencias del Poder; en ocasión histórica, puesto a escoger entre la Presidencia de la República y el respeto a la Ley, optó por lo segundo: bello ejemplo de pundonor militar.

Como escritor fecundo, combatió el vicio y a los explotadores y con su humorismo exquisito cauterizó muchas lacras políticas y sociales.

Por eso, sus amigos y admiradores han querido en el aniversario de su muerte dar público testimonio de duelo, rindiendo el merecido tributo a la memoria de este patriota, soldado, escritor y académico; y en cumplimiento de un deber ciudadano, con la cooperación ofrecida por la Universidad Autónoma de El Salvador, de la Academia Salvadoreña correspondiente de la Española de la Lengua, y del Ateneo de El Salvador, tenemos a bien acordar:

1o.—Commemorar el primer aniversario de la muerte del ilustre desaparecido con un homenaje fúnebre en la Universidad Autónoma, el día 22 de los corrientes conforme el

Programa elaborado.

2.—Aceptar el premio anual «José María Peralta», ofrecido por la Sociedad de Beneficencia Española.

3.—Editar una obra con parte de su producción literaria.

4.—Erigir un busto en bronce con su efigie.

5.—Aceptar el acuerdo de la facultad de Ingeniería, de designar con el nombre «José María Peralta Lagos» a la biblioteca de la Facultad.

6.—Aceptar el ofrecimiento de la Colonia Española, de representar en su honor una pieza escénica, el Día de la Raza, y

7.—Descubrir en el primer aniversario de su muerte una placa de bronce colocada en su tumba, que lleva, realizadas, estas palabras:

«HONOR A SU MEMORIA,
GLORIA A SU ESPIRITU».

San Salvador., julio 20 de 1945».

A continuación hizo uso de la palabra Monseñor Francisco J. Castro Ramírez, a nombre de la Academia Salvadoreña de la Lengua. Su discurso es una bella pieza literaria que publicamos hoy en página editorial. La elocuencia del ilustre orador arrancó los aplausos estruendosos de la concurrencia.

Luego tocó al Dr. Mariano García Villa dar lectura al acuerdo de la Sociedad Beneficencia Española, por el cual se crea el Premio anual «José María Peralta L.» y que dice:

«Manuel Saladrigas, Secretario de la Junta Directiva de la Sociedad de Beneficencia Española, CERTIFICA:

Que en el libro de actas a su cargo obra el acta en la página No. 156, que en su punto octavo dice a la letra:

«La Junta Directiva pone en conocimiento de los señores socios que, atendiendo a la invitación hecha a través de la prensa diaria por el Comité de Amigos pro homenaje al General e Ingeniero don José María Peralta Lagos, a todos los que simpaticen con la idea de efectuar un homenaje a dicho señor, con motivo del primer aniversario de su muerte, designó a nuestros consocios, señores Valero Lecha, Juan A. Paúl y Doctor Mariano García Villas para que pusieran en contacto con los integrantes del Comité y ofrecieran la entusiasta colaboración de nuestra Sociedad a tan laudable propósito. En consecuencia, con fecha 23 de mayo, esta Junta acordó contribuir al homenaje al General e Ingeniero Peralta Lagos, con la creación de un premio que lleve su nombre para otorgar al autor la mejor composición literaria aparecida en El Salvador en el transcurso del presente año. Dicho premio consistirá en una medalla de oro; diploma y trescientos colones en efectivo.

Puesta a consideración de los señores socios asistentes a la asamblea general ordinaria, fué aprobada en todas sus partes. Y, después de la intervención de varios asociados, por unanimidad se convino en ampliar dicho acuerdo en el sentido de que el premio sea anual, con sujeción a las siguientes bases:

1o.—El premio se denominará JOSE MARIA PERALTA LAGOS y se otorgará a la mejor composición literaria aparecida en cualquier publicación periódica de El Salvador, durante un año que se contará de 15 de septiembre del año subsiguiente.

2o.—Dicho premio consistirá en medalla de oro, diploma y 300 colones en efectivo que la Sociedad de

Beneficencia Española entregará a la persona que designe el jurado nombrado al efecto, en un acto público que se llevará a cabo el 12 de Octubre de cada año.

3o.—El jurado estará integrado por relevantes personalidades salvadoreñas. La Sociedad de Beneficencia Española se reserva la designación de un miembro de dicho jurado que actuará como secretario con voz pero sin voto.

4o.—Cada 15 de septiembre la Sociedad de Beneficencia Española hará público el tema que será objeto de premio para el año en curso.

5o.—Queda expresamente facultado el Comité Directivo Pro-Homenaje al General e Ingeniero José María Peralta Lagos, para dictar las normas complementarias a estas bases; así como a interpretarlas, caso de surgir alguna duda, designar el jurado y fijar el tema para el año de 1945.

Lo que me es grato transcribir a Ud. para su conocimiento y efectos

consiguientes.

San Salvador, a veinte de julio de mil novecientos cuarenticinco.

Antonio Mateu, Presidente.—Manuel Saladrigas, Secretario.

Sr. Presidente del Comité Pro-Homenaje al General e Ingeniero «José María Peralta Lagos.

Presente».

Tocó su turno al periodista y poeta Juan Felipe Toruño, quien a nombre del Ateneo de El Salvador, dió lectura a un brillante trabajo sobre la personalidad de Peralta Lagos, que fué premiado por la concurrencia con muy merecidos aplausos. El trabajo de Toruño, según pudimos constatar, fué objeto de los más encomiásticos elogios.

Después, nuestro Director don Ramón Pleités, en su calidad de Secretario del Comité Pro-Homenaje, dió lectura al acuerdo de la Facultad de Ingeniería, por el cual se da el nombre de «José María Peralta» a la Biblioteca de dicha Facultad, y cuyo texto es el siguiente:

Designación de la Biblioteca de la Facultad de Ingeniería con el nombre del General Peralta

Facultad de Ingeniería. Universidad de El Salvador, San Salvador, C. A.—Secretaría. — No. 35. — San Salvador, 17 de Julio de 1945. — Señor don Ramón Pleités Secretario del Comité Pro-Homenaje Ingeniero José María Peralta L. Ciudad. Señor Secretario: Tengo el agrado de transcribir a Ud. el Acuerdo tomado por la Junta Directiva de esta Facultad, en sesión celebrada el día cinco de Junio próximo pasado.

El punto cuarto del Acta respectiva, dice textualmente:

«Cuarto.—El Ingeniero Castella-

nos Palomo, hizo moción, que para perpetuar la memoria del Ingeniero José María Peralta L. (Q.D.D.G.) ex-Decano de la Facultad; se designe con su nombre el pabellón de nuestra Biblioteca, debiendo solicitarse la debida autorización del Honorable Consejo Superior Directivo; la Junta acordó de conformidad».

Con ruegos muy atentos de que se sirva poner lo anterior en conocimiento del Honorable Comité; tengo el gusto de suscribirme su muy atento y seguro servidor.—Jacinto Castellanos P.

El Dr. Max Patricio Brannon, distinguido elemento del foro salvadoreño, pronunció hermosa pieza oratoria a nombre de la Universidad Autónoma de El Salvador, y a través de sus palabras hizo el elogio más completo para la personalidad del ilustre fallecido, por lo que fué muy aplaudido.

Terminando el acto literario en la Universidad, la concurrencia inició el desfile hacia el Cementerio General para depositar en la tumba del General Peralta Lagos una ofrenda floral y descubrir una placa conmemorativa del Homenaje. Rompía la marcha la delegación de la Escuela Militar y después la delegación de la Guardia Nacional; luego, tras la ofrenda floral, iba el grupo de nume-

rosos amigos que asistieron a esta manifestación de duelo. La Banda del 1er. Regimiento de Infantería ejecutó durante el trayecto varias marchas fúnebres.

En el Cementerio, el Dr. Emeterio Oscar Salazar, descubrió la placa y todos los concurrentes patentizaron una vez más a la viuda e hijos del extinto general Peralta su sentimiento por la muerte de aquel varón ejemplar.

Ayer, lunes, se ofició una misa solemne en memoria del ilustre desaparecido, acto al que asistieron numerosas personas amigas de la familia.

(De «La Prensa Gráfica» del 24 de Julio de 1945.)



Palabras de Monseñor Francisco J. Castro Ramírez en nombre de la Academia Salvadoreña de la Lengua Correspondiente de la Española

Señores: No he titubeado ni un momento, al aceptar el grato y honoroso encargo que me confía la Academia Salvadoreña de la Lengua, porque al desempeñar este alto cometido de ser portavoz de mis honorables colegas, cumplo al par con un imperativo categórico de mi corazón, tributando sincero homenaje al amigo, y dándome la fruición estética de penetrar en el pensil florido de las Bellas Letras.

No sé qué afinidades misteriosas pero irresistibles acercan las almas y atraen los corazones, de análoga manera como se atraen los astros suspendidos en los espacios sidera-

les, al recorrer sus enormes elipsis, en obediencia a una ley fundamental del universo.

Lo cierto e innegable es el hecho revelador de que, sin el trato íntimo, sin la frecuencia que la amistad depara tantas veces para congeniar y hermanar, yo siempre profesé una secreta simpatía y una sincera admiración al General e Ingeniero José María Peralta L. Pocas veces, en verdad, nos hablamos, pero en más de una ocasión, nuestras almas conversaban a distancia, en el idioma arcano del espíritu y se hermanaban en el común lenguaje sin palabras de la mutua cordialidad.

Fué en España, en noviembre del año 1929, acompañando yo, en calidad de Secretario de la Visita AD LIMINA, al sabio y virtuoso Mitra-do José Alfonso Beloso y Sánchez, cuando por vez primera, nos hablamos y entendimos.

Madrid, la bella ciudad, engastada en la extensa alfombra de la meseta castellana, a la sombra augusta del Escorial, y envuelta, en aquel entonces, en la deslumbradora pompa de la monarquía, no se percataba de que en el horizonte político una mano invisible escribía el MANE-TE-CEL-FARES del trágico festín de Baltazar. Bajo la dulce carga abrumadora de sus blasones y heráldicos trofeos de antiguas glorias, dormía el letargo morbosos de inconciencia y de optimismo iluso que se apodera a veces de los pueblos, en vísperas de las grandes convulsiones sociales, cual si la Providencia Divina aplicara previa anestesia para esas dolorosas amputaciones.

El frío era intenso en esa noche ya lejana, y mi espíritu experimentaba la sacudida glacial e inmisericorde de torturadora nostalgia. Pero al estrechar la mano franca, noble y acogedora del compatriota amigo, el entonces Ministro de El Salvador en España, General José María Peralta, lo confieso sinceramente, sentí en pleno corazón de la península íbera, y en medio de las inclemencias del crudo invierno, el calor vivificante del ardoroso Cuzcatlán. Aquel sincero afecto, aquel lenguaje chispeante y plástico, caldeado en el fuego de su cerebro y de su corazón, parecían volcar en mi alma, preñada de añoranzas, las claridades, las alegrías y las bellezas tropicales del paisaje salvadoreño.

Porque José María Peralta, tanto al escribir como al hablar al conjuro

de su ingenio, bajo la magia de su lenguaje realista y palpitante de colorido, y sobre todo, al calor, de su patriotismo, hacía sentir muy de cerca y muy adentro, el ritmo armonioso y gigante de la auténtica vida cuzcatleca. Cumplía sin duda con la sabia enseñanza divina: «es mucho mayor dicha dar que recibir; y recordaba la norma estética del célebre estilista uruguayo Enrique Rodó, quien afirmaba: «La caridad y el amor, ¿no pueden demostrarse también concediendo a las almas el beneficio de una hora de abandono, en la paz de la palabra bella; la sonrisa de una frase armoniosa; el beso en la frente de un pensamiento cincelado; el roce tibio y suave de una imagen que toca con su ala de seda nuestro espíritu?...»

«Hablad con ritmo, cuidado de poner la unción de la imagen sobre la idea; respetad la gracia de la forma; ¡oh pensadores, sabios, sacerdotes! y creed que aquellos que os digan que la Verdad debe presentarse en apariencias adustas y severas, son amigos traidores de la Verdad».

Hábil y talentoso diplomático no se limitó a las frías fórmulas protocolarias y a las escuetas relaciones de cortesía, huérfanas de vida y tal vez de sinceridad, sino consagró su alma pródiga a las riquezas de su selecto espíritu, al servicio tenaz de la noble misión de total acercamiento, hasta constituirse en Embajador de la espiritualidad de El Salvador en España, y a su regreso al caro terruño, en celoso mantenedor de la devoción y culto filiales a la Madre Patria.

Como altiva antena del pensamiento, supo su inteligencia captar las variadas ondas de la maravillosa cultura hispánica, pero no con el avaro afán del egoísta que recibe

sin dar, sino para transmitir, tamizadas por su idiosincrasia de salvadoreño, las rachas luminosas del genio español. Y fué su palabra, escrita y hablada, magnífico semáforo que señaló los nuevos rumbos de las impacencias ecuménicas del idioma castellano.

Admirador entusiasta de la genuina e incomparable grandeza española, la justipreció y amó con la pasión característica de los aristócratas del espíritu que de aguende los mares, se encargan de mantener siempre encendido el fuego sagrado de la hispanidad. Enamorado especialmente de la bella, sonora y rica lengua del Manco de Lepanto y de la Doctora de Avila, logró con la capacidad asimilativa y creadora de un artífice de la palabra y de un profesional de la pluma, convertirse en uno de los denodados defensores del castisismo y la pulcritud de la sin par habla de Castilla».

El 15 de marzo de 1925, en este mismo Paraninfo Universitario, al ingresar a la Academia Salvadoreña de la Lengua, desarrolló con acierto y brillantez el tema de su predilección: «La conveniencia y necesidad de esforzarnos por mantener la unidad del idioma castellano, en nuestra América española y de combatir la creencia hartó extendida, de que la independencia o un mal entendido nacionalismo, nos autoriza a hacer mangas y capirotos de nuestra lengua incomparable».

Y en mayo de 1930, publicó en Madrid un bello folleto, cuyo título es: «En Defensa del Idioma», en donde abundan interesantes consideraciones, en abono de la unidad, pureza y beldad de nuestra envidiable lengua.

Y el panorama espléndido de belleza de la literatura sin rival que

aprisionó su retina luminosa, lo obsesionó y embelesó durante toda su peregrinación terrestre, pero especialmente, en sus actividades de literato y académico, cual fuerza inspiradora de sus escritos, entreverados de sátiras jocosas, y de sus amenas charlas, plenas de humorismo.

José María Peralta Lagos, conocedor de tantos intelectuales hispanoamericanos, incansable buceador de tesoros valiosos del habla castellana, era precisamente el llamado para integrar la Academia correspondiente en El Salvador, y prestar así generoso el precioso aporte de sus fecundos conocimientos de genuino hispanista.

Como pocos favorecidos, había visto de cerca y había tratado a los verdaderos padres del idioma; a los insignes miembros de la Real Academia Española de la Lengua. Aún más: se había granjeado la estrecha amistad de los asiduos frequentadores del caserón madrileño de la calle Felipe IV, quienes cada jueves, se congregaban en torno a la extraña mesa ovalada, única en su género, forrada de bayeta verde, y según la pincelada magistral del preclaro José María Pemán, «baja una enorme lámpara, también verde y ovalada, que sostiene sobre las cabezas, como lenguas de Pentecostés, sus bombillas eléctricas».

Con tal adiestramiento pudo a satisfacción cumplir con el difícil pero sublime cometido de defender la casticidad y unidad de la sin igual lengua de Cervantes, que hablan hoy día tantas naciones porque es grande el fragmento del planeta, donde se «adora a Cristo y se reza en español».

Y su copioso acervo literario fué la maravillosa cantera de donde ex-

trajo, con su porfiado cincel de escultor, de la palabra plástica y humorista, la elegancia, el gusto, donaire y pureza peculiares de su lenguaje.

Este ilustre ciudadano de la república de las Letras, cultivó con predilección marcada el estilo inconfundible de su simpática personalidad.

En las múltiples creaciones ingeniosas de su bien cortada péñola, se resuman además de la dicción castiza, la gallardía y colorido de sus autores favoritos. A veces, es el halo de fina ironía que flota en las obras de Juan Valera, o su pulcritud, al criticar y polemizar, evocadores de los guantes blancos según expresión de Batres Jáuregui, del célebre crítico y polemista. Otras veces, si calla el eco de «las cigarras atenienses que —en frase bella de Gómez Restrepo— cantan con hechicera dulzura en la prosa del genio andaluz», en cambio el sano y encantador realismo del famoso novelista santanderino Pereda, se trasluce en sus amenas descripciones.

Señores, José María Peralta Lagos, fué doblemente general. Manejó la espada de temple toledano, como valiente militar en defensa de las leyes patrias, y a fuer de profesional de la pluma, empuñó también la otra arma más poderosa, en la esgrima académica y periodística, para garantizar la integridad inviolable del Código del Idioma.

Sabía muy bien que la decadencia de un pueblo se inicia con la descomposición de su lengua, la adulteración y olvido de sus creencias para precipitarse después en pendiente resbaladiza, por la negación de sus patrias tradiciones, al divorcio con su historia y así finalmente enlazarse con la muerte.

El insigne Julio Casares, Secretario Perpetuo de la Real Academia Española; ese plenipotenciario de la Gramática, como lo apellida gráficamente José María Pemán, autor también del monumental Diccionario Ideológico de nuestra lengua, en su áureo opúsculo —que por gentileza de la Legación Española ha llegado felizmente a mis manos— y titulado «El Idioma como instrumento y el Diccionario como símbolo», se queja amargamente y con sobrada razón de que los escritores no saben justipreciar ni amar su valioso instrumento, como el violinista estima y ama su violín.

«He querido, dice, poner de bulto el cariño que todo creador de belleza, siente o debe sentir por su instrumento, para concluir que algo así no sentaría mal a los profesionales de la pluma, artesanas o artistas». Y más adelante, prosigue: «Decíamos que los beneficiarios profesionales del idioma, los que se sirven de él para crear belleza o para influir sobre el ánimo ajeno, desde el poeta al orador, pasando por el que emborrona cuartillas, pane lucrando, debieran todos sentirse agradecidos al prodigioso instrumento verbal que por fortuna tienen hoy a su disposición». Y en otro de sus párrafos magistrales escribe: «Pronto vamos a celebrar el quinto centenario del insigne gramático que, alzándose por un momento al arduo menester de filósofo de la historia, dirigió a la Reina Isabel su famoso aviso sobre el paralelismo entre la decadencia de los imperios y la degeneración de las lenguas».

Pues bien, José María Peralta Lagos, estimó y amó ese precioso instrumento del idioma con que creaba y prodigaba bellezas. Y persuadido de su imperiosa necesidad y de su

trascendencia vital, dedicó sus energías y su talento, a protegerlo decididamente, a despecho de la incompreensión ambiente.

Y las cualidades relevantes que adornaban al Gral. José María Peralta; las características de su ingenio, como ameno conversador y atildado escritor, no disminuyeron con el declinar de su vida. Anciano ya de cuerpo y torturado por graves dolencias, conservó su espíritu siempre festivo y su corazón siempre joven.

Como esos volcanes que se cubren de manto de esmeralda y a sus cumbres corona la impoluta nieve, pero que esconden en sus entrañas la ígnea actividad, así él albergó siempre el fuego de su patriotismo y la lozanía primaveral de su espíritu. La enfermedad o la vejez nunca lo acobardaron; jamás se le vió amargado de la vida.

Si los ancianos son como las señeras y elevadas crestas de las montañas que se yerguen solas y aisladas, José María Peralta, lejos de rodearse de melancolía y de estéril pesimismo, por el contrario alegró, alentó y rejuveneció a todos los que se cobijaron bajo su nombre tutelar.

Con su claro talento y su alma captadora de todo lo verdadero, bello y noble, al darse cuenta de que se acercaba el fin de su jornada y comprender la trascendencia de esa hora postrera, se preparó cristiana y oportunamente, en el regazo maternal de la Iglesia a recibir la visita siempre sorpresiva de la muerte.

Y si este golpe implacable sorprendió a sus familiares, amigos y admiradores, lo recibió él, sin embargo, sereno y resignado. Llevando al Divino Práctico a bordo, podía sortear los peligros de ultratumba y anclar en el puerto seguro de la dichosa eternidad.

Murió fuera del solar patrio. ¡Inescrutable designio de la Providencia! Tal vez Dios pretendió ahorrarle el supremo y atroz sufrimiento. La pupila de su alma en vez de llevar grabada la imagen, nimbada de ternura, de su esposa y de sus hijos, se hubiera impresionado con el cuadro bochornoso de su patria, lastimosamente dividida por las pasiones partidaristas y siempre en la búsqueda infructuosa de la democracia, por caminos bordeados de abismos.

Por eso, hoy día aniversario de su fallecimiento, debemos sus amigos y admiradores, hacer una promesa sincera y entusiasta sobre el altar de la patria de seguir sus huellas e imitar su ejemplo: defendiendo la castidad y pulcritud de nuestra hermosa lengua; amando el precioso instrumento de belleza que es nuestro idioma y sujetándonos al código inviolable que es el diccionario.

Mas, para una empresa de tal índole, es menester, a semejanza de los antiguos corredores de las Olimpíadas griegas, recoger de su mano la antorcha que siempre llevaba enhiesta y encendida, alimentada por sus dos grandes amores que lejos de interferirse, se funden, embellecen y agigantan: el amor a la patria salvadoreña y el amor a la Madre Patria España.

La ruta luminosa, marcada con lumbre de luceros en el cielo y con épicos heroísmos en el mar, por las tres Carabelas del inmortal Colón, será siempre el puente de granítica estructura, que a pesar de las vicisitudes políticas, unirá a la Península Española con las Repúblicas Hispano-Americanas.

Pudieron sí los invictos Próceres Delgado y Arce no rivales sino hermanos gemelos en la grandeza y en

el común ideal, en acatamiento a la natural evolución de los pueblos y con gesto glorioso de epopeya, forjar nuestra independencia política, pero nadie puede, ni debe, romper los lazos naturales e indestructibles de lengua y religión, y sangre con que nos vinculara la Madre España, en su fecundo alumbramiento, y que los mismos beneméritos forjadores de nuestra soberanía, consagraron con

sus proezas y ungieran con su gloria, para sancionar definitivamente el destino grandioso de nuestra patria: «ADORAR A CRISTO Y REZAR EN ESPAÑOL».

He dicho.

Mons. Francisco J. Castro R.

S. S. 22 de julio de 1945.



Dolor y Amargura en la Ironía del General José María Peralta Lagos

Discurso de Don Juan Felipe Toruño, a nombre del
ATENEO DE EL SALVADOR

Honorables deudos del General don José María Peralta Lagos;

Distinguida concurrencia:

Esta mía no es una oración fúnebre. Es, al contrario, una rememoración de vida del ciudadano de las letras, del ciudadano de las armas y del ciudadano de la civilidad. Y es porque yo entiendo que a los muertos como el General José María Peralta Lagos, no se les llora ni se les lamenta; se les recuerda en lo que fueron, para el reconocimiento, para el cariño y para el estímulo a la dignidad, al decoro y a la rectitud.

El ATENEO DE EL SALVADOR, institución a la cual perteneció por largos años el General e Ingeniero don José María Peralta Lagos, dispuso que trajera yo mi palabra en este homenaje rendido a quien supo del dolor de esa palabra,

cuando ésta conducía exposición de injusticias cometidas al amparo de fuerzas, de preeminencias sociales o de artimañas para el despojo inhumano.

El ATENEO DE EL SALVADOR, por mi medio, coloca su tributo en el merecimiento del Varón que hoy está aquí presente, aunque ausente en su figura corporal.

En vida de él hice consideraciones acerca de su obra. Hoy vengo, no a ratificar tales consideraciones, sino que a consolidar cariño, aprecio y reconocimiento a quien supo dignificar las letras haciendo de ellas concordantes críticas al medio en que le tocó vivir y elevando el pensamiento a la categoría de servicio; que no de otra manera se entiende en estos tiempos la dura tarea de pensar y de escribir. Pensar y escribir para enseñar, para servir y para que este

pensamiento y servicio eleven condiciones humanas.

Explicaré, así, frente a esta fisonomía tan escurridiza para unos, del general José María Peralta Lagos, y tan clara para otros, tan firme y tan auténtica en el escalafón prócer de las letras castellanas, aspectos, quizás de los menos advertidos por los que han tratado al hombre en lo que fué en su perfil mental y social: la amargura y el dolor que hay en sus escritos y la tendencia a la justicia, buscando con ella reparo a los repugnantes procedimientos para con esa humanidad que, dejando de ser pobre, es mísera en sus condiciones de vida.

Quien busque en la entraña de la idea del general Peralta Lagos, al removerle su contenido, se encuentra con la esencia amarga de una realidad *ou france*, como diría un francés de la época naturalista de Zolá. La realidad que grita en el fondo de esa idea disimúlase con la punzada irónica de un Larra y se atavía con la castiza vestimenta de un Pereda. Porque Pereda y Larra influyeron en la tónica lingüística y expositiva del Ingeniero General José María Peralta Lagos.

En la trayectoria literaria del que se está recordando en esta fecha, los polos son visibles: en uno, la crítica al medio social y sus derivados: la crítica al político y a la política; el aguijón clavado con risa cruenta que va soslayando la dirección exacta del pinchazo; en otro, abierta la entraña de aquella realidad mísera del campesino que es esquilado, que es lanzado de lo que le pertenece, que es robado —mejor dicho— por el hombre que se valió del juez, de la autoridad y de sus melocidades.

Apreciados así estos dos polos y plantados en posiciones positivas, el

hombre, la sociedad y el medio ambiente, están girando en ellos. El razonamiento incluye verdades. La dialéctica —si es que cabría en ella— esgrime comprensión de lo que está ocurriendo y, por ello, el autor que se encuentra actuando como espectador, busca el recurso del lenguaje. Se agarra de la forma con que se han agarrado los grandes espíritus del humano sentir, para presentar filamentos de vida, como lo hicieron Lucrecio y Séneca, y desde antes, hasta don Miguel de Cervantes Saavedra y don Francisco de Quevedo. Y desde éste, hasta los que en América nos estamos preocupando porque en el ejercicio de la palabra, se ponga la sustancia viva: que sea útil, para la utilidad humana, y placentera, para no cansar la atención del que lea u oiga. Placentera y útil, en la bivalencia apreciativa de Horacio.

¡Cuántas amarguras, cuántos sinsabores y no pocos desasosiegos! sintió el General José María Peralta Lagos como consecuencia de haber escrito aquellas verdades que se enmascaraban con la burla, con el gracejo, con la sátira, con el humor —humor español y no francés. En la farsa griega el acontecimiento era narrado por el ser que se escondía debajo de la persona, la máscara. Las tragedias de Esquilo influyen en la Grecia pre-época cristiana. Trajo a la naturaleza escurrida en la leyenda y filtrándola en el hombre al que escondía bajo esa máscara. Así el general Peralta Lagos escondía el dolor y la amargura de las acciones debajo de la aguda risa que escocía los ánimos y que hacía suponer que el escritor de ajustado corte castellano, hacía así para burlarse, para distraerse, para mofarse, ignorando que en aquellas descripciones, esta-

ba la espina clavada haciendo san-
grar una realidad. ¡Eran su máscara
la burla y la ironía!

Quien que no haya leído sus libros no encuentra pasajes que puedan —si se adentran en ellos— hacer verter lágrimas. Un accidente de vida lo apostaba él en la frase con epidermis jocosa. La crítica estaba en el medio. Precisamente en esa segunda posición del discurso. Porque a primera vista, lo literario, lo meramente epidérmico, para la vista nada más, podría creerse de mofa. Debajo de esto se apreciaba la crítica, el alfileretazo agudo; pero en el fondo, el sufrimiento que destila tristeza, que mana lágrimas, que dice de injusticias, esas injusticias que estamos viendo a ratos en nuestra vida ahita de bullas y de supercherías.

Cuando se lee aquel trazo de Peralta Lagos, el de un individuo que llega donde el compadre que fué fiador de un tercero, a halagarlo para que no se preocupe, y a que firme compromisos con el único objeto de que se prolongue el tiempo para despojarlo de su haber, vese la naturaleza viva de hechos que acontecen en nuestros fondos nacionales.

Aquella desgarradura, lacerante y trágica, de ese hombrecito campesino que ve llegar después el despojo mediante la autoridad que se prestó para ello, y que es lanzado de su lar, quedando a la intemperie junto con mujer e hijos, es la indicación del observador, que pone en la fábula —que hizo claras las oraciones de Juan de la Cruz a los ojos de la humanidad— el látigo que restalla por la palabra, que hiere con la sátira y que hace pensar al socialista, al humano que vé cómo se están postergando postulados y escribiendo y escribiendo y escribiendo acerca de la

justicia, del amor y del derecho, en tanto que pasan bajo la indiferencia de nuestra vida los entes que no saben siquiera para qué sirve la limpieza.

Y con esa fuerza fundamental de ese dolor que remolinea en una presencia esencial, está en Peralta Lagos, lo otro: la fustigación al engañoso, al adiestrado en patrañas que con planteos de promesas, no hace sino embadurnar con mentiras la certeza de la crueldad, de la felonía, de lo mendaz. El político que arrastra su continente en la farándula del circo electoral; el político que sabe que miente, que conoce que no irá a donde ha dicho y que no cumplirá con lo ofrecido a ese pueblo que ha venido creyendo, que creé y que seguirá creyendo en lo aparatoso de la invención verbal.

El general Peralta Lagos apostillaba el hecho. Narraba entonces, como si contara en un corro de personas que le escuchen, los acontecimientos. Ahí está ese «Candidato» que se revuelve entre sus propias gelatinosidades. Ahí está el maremagnum de las voces que ya no lo son, sino que se tornaron hechos de volatineros en la barrafija de la oportunidad.

Si se busca en este aspecto al General Peralta Lagos, perinclita la fiza y establece una posición: la del incrédulo, sin embargo de que en su pasta de hombre, precisamente porque había en él mucho de humano, creyó algunas veces; pero sin esa creencia aferrada, sin ese fuego del que no duda. Y tan es así (aquí va un paréntesis quitado a los que han concurrido a biografíar al general Peralta Lagos en otro aspecto) que no creyó en la bondad de una Presidencia de República dejándola al lado; ni en una posición, comprobando

do en esta forma los fundamentos de su idea y haciendo notoria la árdua característica de su función crítica, de observación y de amarguras.

Cuando nos situamos espectadores de la tragedia en el escenario humano e inadvertidamente contemplamos los dolosos hechos, no somos sino disimuladores de nuestra propia conciencia que nos muestra lo que ocurre en nosotros mismos. Y el escritor que tal hace, el hombre de letras que tal actitud toma en estas épocas de visible evolución; de llamados a la reivindicación humana, de gritos para la constitución de un equilibrio en las sociedades; tal escritor, como hombre, está desajustado de la vida, está abstraído en contemplaciones etéreas, sin enraizarse en el barro de que están hechas nuestras formas. Porque el hombre de pensamiento de hoy, como el de ayer, no debe constituir una composición humana separada de las demás composiciones; ni es una entidad que está regida —aquí en la tierra— por otras leyes que no sean las que los hombres han elaborado para dicha o desgracia de ellos mismos. El hombre de letras de hoy, conforme las exigencias de vida, está viendo con ojos más abiertos y sintiendo con carne más sensitiva y corazón más profundamente emotivo. Abarca con su penetración los universos y diversos problemas que han estado siempre en el sér humano y que hasta hoy saltan más visibles en fuerza de esa evolución natural y primordial en la humanidad; y por el desentrañamiento de esos problemas que son vitales, desde cualquier ángulo que se les aprecie, sobre todo, tratándose de aquellas capas que se inferiorizaron en el decurso de las edades, por la misma función del

hombre, que ha venido haciendo escisiones desde el aparecimiento del sér en la historia del mundo. Siendo este hombre de letras más apto para ver y sentir, está así más apto para exponer y expresar, trabajando para que la justicia tenga alguna vez mediano acomodo; para que el derecho, con el que viene todo ente a la vida, sea aplicado en su energía como tal y para que la libertad —que tampoco la hubo en épocas pretéritas como algunos humanistas lo afirman— tenga la relativa capacidad de vivir sin tantos atropellos para ella, tomada esta libertad de pretexto para la comisión de hechos punitivos.

Y este hombre de letras, este hombre que sufre con los sufrimientos de los otros, este hombre que tiene las facultades de saber cuándo es que debe mirar a través de las edades, cuándo debe ser presentalista con vigor y cuándo debe proyectarse al futuro —que en futuro debe vivir— tiene la obligación de cooperar en el acondicionamiento de estas entidades que buscan inconcientemente una luz en las tinieblas de su existencia. Este hombre de letras, así, señala el rumbo e indica métodos. Pues bien, ese hombre de letras lo fué el general José María Peralta Lagos. Se responsabilizó con su actitud, se identificó con la época y enseñó aquellas entrañas de una sociedad en la que él vivía; rectó su condición mental con la ironía y en ésta vertió la realidad que estaba sangrando en un fondo de certeza.

Como en la farsa griega, para no ser apedreado, se colocó la máscara de un pseudónimo, el que después no fué tal. Esta máscara era T. P. Mechín. Así escribió sus primeras obras; pero descubierto el autor, demás estaba el paramento de un ros-

tro que delineaba su firmeza en una estatura alta y fornida.

Cuando el General José María Peralta Lagos critica a una sociedad, parte de la cual asiste alborozada y feliz a encontrar ejemplares equinos que llegan a la estación de un ferrocarril y por otro lado deja en vacío los asientos del teatro en donde se oíría una conferencia del más grande dramaturgo español contemporáneo, Jacinto Benavente; cuando paraleliza las situaciones y coloca disimuladamente la identificación de la gente que iba al encuentro de los caballos con éstos que llegaban, al general Peralta Lagos le estaba doliendo en carne lo que ocurría; estaba amargado del suceso y le escocía el ánimo decir estas verdades, porque él era célula de tal sociedad. Ahí, otra prueba de la amargura en la agonía del autor de «El Candidato». Agonía en el sentido griego, de lucha, de esfuerzo, de combate a costa de su propia tranquilidad, ya que muy bien podía él contemplar aquello como quien ve las volutas del cigarro o como quien mira discurrir las nubes en una tarde de diciembre. Pero no, él se responsabilizaba como escritor activo en su función de letrado y señalaba el defecto, aunque al hacerlo sintiera lo agudo de su propio aguijón.

En esta forma, toma actualidad la medular función irónica del General Peralta Lagos; que cuando se entra en él a los fondos del idioma o de la historia, no obstante tratar de esconder su fízga, parece siempre el asomo de su peculiar manera de actuar.

Señores:

No he venido, como dije al principio, a hacer un panegirico integral de la fisonomía amplia del ingeniero general José María Peralta Lagos, en

sus atributos de militar, de letrado y de caballero. Traje aquí, simplemente, mi manera de apreciar uno de sus perfiles íntimos expuestos por el cauce de la palabra. Vine a rendir tributo a quien supo manifestarse humano en los dominios del léxico, sirviéndose de expresiones burlescas para criticar, doliéndose de las formas de vida en que demoraba su rumbo una constitución social y aplicando el corrosivo de su ingenio diluido en amargura para certificar posiciones del hombre que equivocaba su función como tal y de las colectividades y grupos que aislaban el certero camino de lo honesto y justo para arrumbar por encrucijadas en que se pierden puntos de vista de verdad y de justicia.

Así, pues, al evocar al General José María Peralta Lagos, le vemos en su procedimiento crítico, lacerantemente triste, bajo la risa que presentaba su actitud, una actitud de demanda para el bien, a la corrección, al pundonor, a la evolución necesaria del sér.

No tuviera él característica tendiente a la ironía porque sí. Ni flagelaba con su sátira, ni destrozaba, ni era descaminada su intención. Iba seguro al punto y tan seguro que los que leían sus discursos sabían de las verdades dichas. La lágrima del hombre la cubría con risa. Otros lloran quejandose o doliéndose de la existencia y de sus accidentes, con mimetismos faciales; él escondía su dolor con la ironía, absorbía sus lágrimas con la burla en la que una avispa tenía siempre listo su aguijón.

Diferente a otros ironistas, satíricos, humoristas y gracejos, la calidad de su decir se ajustaba al mantenimiento de una actitud benéfica. Voltaire mordía. Aquella sátira tre-

menda del Patriarca de Ferney, sobre todo contra el clero, era de cata-pulta y tarascada. La de don Francisco de Quevedo sollamaba, pinchaba y prejuizgaba, haciendo sentir las llamas de la frase heridora. Hay otros que como el sudamericano Jack the Ripper, se concretan a burlarse de los políticos y a las situaciones de los pueblos ante ellos. La de Luis Carlos López, el tuerto ilustre, alto poeta, fachendoso bodeguero, es de fuerza despectiva, de sátira ambienticia, de burla peyorativa, la que no cupo en la sátira del General Peralta Lagos. Por eso es que advértese su posición constructiva, como la de Pereda.

Y quiero cerrar aquí estas apreciaciones, las que —como quedó dicho— buscaron el aspecto amargo de la esencia que alienta las formas expresivas de quien forjó con el léxico español, primorosos cañamazos en los que está la fuerza del conocimiento y el don preciso de sentir la angustia de una época, consumir el llanto y el dolor en la burla que se desparrama punzante en el ámbito de una patria que amó, por la que sufrió y en la que hoy se está rindiendo este homenaje como manifiesto de significativo aprecio a quien supo mantener su dominio hidalgo por las letras, en el culto impar del pensamiento.—J. F. T.



Discurso del Dr. Max. P. Brannon a Nombre de la Universidad Autónoma de El Salvador

Señor Rector de la Universidad Autónoma de El Salvador:

Honorable Viuda e Hijos del General José María Peralta Lagos:

Ilustres Catedráticos:

Honorables Miembros del Cuerpo Diplomático y Consular:

Señoras:

Señores:

La Universidad autónoma de El Salvador, digna heredera de la docta tradición de nuestra antigua Universidad Nacional, no puede permanecer indiferente cuando se trata de

exaltar a un ciudadano meritísimo, de aquilatar los valores de una vida útil, de homenajear a un hijo dilecto de esta tierra nuestra.

Estamos aquí, en emocionada actitud para evocar a José María Peralta Lagos, el sutil humorista, el escritor donoso, el político responsable, el ingeniero que con su iniciativa y con su técnica, sirvió lealmente a la nación en un constante darse, en un pleno deseo de servir.

Esta Casa Universitaria quiere dejar oír su voz, ansía participar en este acto de justicia, le interesa sumar su aplauso y su cariño, en este día de duelo nacional, que atenúa

los rigores de su luto por la hermosa iniciativa de los amigos del ausente, quienes en esta forma han conquistado la gratitud de todos y señalan un hermoso camino de estímulo para cumplir con el deber y para honrar a la propia nacionalidad.

* * *

José María Peralta Lagos, supo del milagro extraordinario de regar esperanzas a su paso. Olvidando sus propios dolores se colocó en la vida con los brazos abiertos a la caballerosidad, igual que aquellos capitanes antiguos que obedecían al mandato de la Patria, la Espada y la Cruz para cumplir un alto deber, un místico deber ante la humanidad y la cultura. Nos ofreció lo más valioso que puede brindar a la civilización un hombre: su talento, su inquietud creadora, el oro refulgente de su espíritu...

Con el gesto sencillo de los apóstoles de lo dulce y de lo jubiloso, ahí donde la dura piedra alzaba su amenaza y su arista, estuvo pronto a limar asperezas y a suavizar obstáculos.

Nos enseñó la lección maravillosa de la esperanza. Siempre nos dió un aliento a cambio de una espina. Por EL supimos que el dolor deja de ser amargo cuando hay una fuerza superior que olvida los abrojos para buscar un hueco a la sonrisa.

Porque la vida de EL fué eso: una ascensión a la alegría, una conquista a la claridad, una batalla ganada a la tristeza.

Por su ingenio, nuestro pueblo, el pueblo que lee, llegó a sentirse menos solo, menos abandonado en medio de la esquiva felicidad que en toda época ha querido negarnos el

reparto de sus tesoros más preciados. Escribió para el pueblo sufrido, para el sin herencia, para el ayuno de justicia, para el que no tuvo a su paso el recodo de felicidad que estimula. Cada obra suya, cada línea, cada letra cumplió una misión frente al panorama salvadoreño: señaló vicios que olvidaron estadistas y políticos; mostró la herida que nosotros vimos sangrar indiferentes; levantó el dedo acusador y fué severo juez contra el vejamen. Eso es lo que más vale de sus obras: el fondo revolucionario y combativo enorme en que están inspiradas.

* * *

Este es un día de reminiscencias. Yo quiero llevaros a la época moza que él vivió tan intensa y plena de vigores.

Fué allá por el año 1873, en la fresca y apacible Nueva San Salvador. Don Antonio Peralta Lara y doña Rosa Lagos Marín de Peralta, comunicaban a sus amistades el advenimiento de un varón, José María, el mismo que adolescente sería alumno distinguido del Ilustrísimo Doctor don Adolfo Pérez y Aguilar; el que más tarde sobresaldría por su ingenio y su saber como alumno de nuestra Escuela Politécnica; el mismo que, ya maduro, nos brindaría todo su humor para deleite del espíritu y toda su experiencia para provecho de la Patria.

En Toledo, el Alcázar supo del gallardo taconeo del joven militar; Guadalajara le cobijó en sus aulas y le dió el espaldarazo de Ingeniero. España obtuvo así, en este hijo de Cuscatlán, un esforzado propagandista de su cultura y de su fe.

La dignidad que le venía de abo-
lengo y su educación peninsular,

acentuaron su sentido de la arrogancia. Porque arrogancia, y de las mejores, es ese gesto suyo, cuando herida su sensibilidad de técnico le dice a Regalado que no puede aceptar la Oficialía Mayor de Guerra, que le ofrecían, ya Ingeniero, con el acervo de su cultura europea.

Esta decisión determina en su vida una experiencia personal que habrá de aprovecharla enormemente en el futuro. Le vemos entonces acometer, por propia iniciativa, proyectos de interés. De esta época suya nos deja el plano de la ciudad de San Salvador y ese magnífico estudio sobre una Avenida hacia Ayutuxtepeque, que alguna vez habrá de realizarse por la lógica de las cosas y como el más vivo homenaje al autor del proyecto.

A nuestro José María Peralta Lagos debe El Salvador el esfuerzo más sincero contra el provincianismo y las iniciativas más oportunas dentro de su especialidad. Cuando se hablaba del adobe y de la lámina, ya piensa él en el concreto armado. Cuando los acueductos eran vivos de carne y hueso, que no otra cosa significaban las caravanas de borriquillos con las ánforas de agua, él explicaba las ventajas de los nuevos sistemas y dirigía, en 1906, los trabajos de la nueva cañería de San Salvador,

Alguien ha dicho que sus mejores poemas los escribió en cemento. Perdonando la hipérbole, hay en ello mucho de realidad. De estas cosas nos hablan el Palacio Nacional, el Teatro, sus puentes sobre el río Grande de San Miguel y sobre el río Lempa y tantas otras obras más que por años han venido pregonando el acierto de su ingenio creador.

* *
*

Más tarde surge el político. Así lo vemos en el Gabinete del Presidente Araujo al frente de la Cartera de la Guerra. Su espíritu vigoroso y dinámico no puede conformarse a la rutina, y así, desde ese elevado cargo, se empeña en brindar seguridad a la población rural, auspiciando la creación de la Guardia Nacional bajo normas semejante a la Guardia Civil Española.

Sus compañeros de armas convienen en que el Ejército salvadoreño debe al General Peralta un magnífico aporte de reorganización. De entonces son muchas leyes, reglamentos y ordenanzas que aún regulan las actividades de nuestra Institución Armada.

De esta época existe un documento histórico. Es la adición a la Orden General del Ejército, de 9 de febrero de 1913, con motivo del asesinato del ex-Presidente Manuel Enrique Araujo. No es una Orden rutinaria; no es el documento frío o la transmisión rígida de un mandato oficial. No vive allí la personalidad de un funcionario, sino el hermoso civismo de un patriota.

Decía así el Ministro de la Guerra:

«La Nación está de duelo. El señor Presidente de la República y Comandante del Ejército acaba de fallecer. Cobardes, asesinos, ambiciosos sin conciencia, pusieron fin a una vida tan preciosa para la Patria. En estos momentos difíciles el deber debe imponerse al dolor, y, ante el cadáver de nuestro ilustre Mandatario, debéis ratificar *los juramentos de fidelidad a la NACIÓN*. Vuestros Jefes acaban de hacerlo ante el nuevo Presidente, ciudadano don Carlos Meléndez. *Juremos todos ser fieles a las LEYES!* El Ejército guardará luto durante treinta

días, La Bandera se izará con los honores nueve días consecutivos a media asta, como lo previene la ordenanza, debiendo también hacerse las salvas respectivas.

De orden del Comandante General del Ejército: el Secretario de la Comandancia, JOSE MARIA PERALTA L.»

¡Hermosas palabras que revelaban en quien las pronunció al hombre responsable y consciente de sus deberes! En nuestro ambiente donde siempre ha abundado el caudillismo y la odhesión ciega al ente físico, esos conceptos cobran significado especial. Advertid que no le ofuscó el cariño al desaparecido ni el interés de halagar al sucesor. «...Debéis de ratificar esos juramentos de fidelidad a la Nación...» «...Juremos todos ser fieles a las Leyes...» Así habló al ejército: así se manifiesta el ciudadano limpio, el hombre independiente que servía con honor un cargo distinguido y que no sucumbió a las tentaciones del Poder porque se lo prohibían sus convicciones y su honor y para no ofender con su conducta la memoria del Jefe desaparecido.

* *
*

En 1927 le vemos partir a la España de sus recuerdos. Ya no es el mozalbete de taconeo vigoroso. Ya sus madrigales que otrora se prodigaron insinuantes al oído de toledanas quinceañeras se han agotado todos en la dulce Compañera cuzcatleca. El es ahora Diplomático. El Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de El Salvador es ya el estilista de prestigio, es el político de actuación iarga que ha conquistado un lugar de respeto y de cariño entre sus conciudadanos; es el hom-

bre que ha servido con lealtad a su País y que desea seguir honrándolo.

Su labor diplomática es entonces magnífica. Cincuenta y cuatro años de un hombre cultivado se asoman en la conversación, se vuelcan en el porte y en el andar, dejan su atavío en la escritura, y, como el perfume, se sienten aunque no se vean. Nuestro Diplomático está así: maduro de experiencia. Por eso su gestión es brillante. Pronto le vemos frecuentando los mejores centros literarios. Las Peñas Madrileñas se regocijaron más de alguna vez con las sazones de sus ironías. Su verbo fué siempre un tiro de florete contra la maldad humana y al choque de su filo acerado deja siembre un destello de aliento al explotado.

Es en España donde surge aquella conferencia, «En Defensa del Idioma» que le valiere tan cálidos elogios. Julio Enrique Avila, nuestro estilista del más fino calibre, y Raúl Contreras, el diplomático-poeta, le oyeron, orgullosos allá en Sevilla, pronunciar el discurso de clausura del Congreso Internacional de Oceanografía y, más tarde, habiendo sido él uno de los organizadores de la Unión Ibero Americana de Ingenieros, en la recepción de la Academia de Ciencias, hubo de representarlos a todos pronunciando el discurso de estilo del cual dijo «El Sol» que era «...cabal en sus conceptos, pulido en la expresión y la más donosa pieza oratoria escuchada allá por aquellos días...»

Aquí le vemos más tarde ostentar satisfecho y sencillo, la prestigiosa calidad de Vice-Rector de nuestra Universidad y Decano de la Facultad de Ingeniería, rodeado del respeto de estudiantes y del cariño de los catedráticos.

La generación joven tenemos del General Peralta la visión reciente, cuando, ya un tanto cansado por el peso de su propia existencia, fué, no obstante, el amigo sincero, el consejero oportuno, el hombre pronto a mitigar dolores y a tender la mano noble, franca y generosa.

Yo creo interpretar el sentimiento de nuestra Casa Universitaria al evocarlo en la otra forma: joven, erguido, fuerte, en plena actitud de dación.

Quiera su modestia no sentirse herida en este día de reminiscencias.

Que nuestra profunda emoción llegue hasta él, allá en la eternidad, a través de su noble Compañera y de sus dignos Hijos.

* *
*

Ya debo terminar. Ya nuestro amigo sabe que no en vano se siembran afectos, se riegan favores, se sirve lealmente... Las sombras del olvido disipan su negrura y su tristeza por el milagro de esta reunión de hoy. Ha pasado una vida... Flota ahora un recuerdo, grande, intenso, duradero...



JOSE MARIA PERALTA LAGOS

Conversador y Humorista

Escribe Ramiro Córdova

Pocos han cultivado el difícil arte de la conversación como José María Peralta Lagos. Fué literato y conversador admirable. Las características de su literatura, eran naturalmente las mismas que aquellas de sus pláticas cordiales. Más el conversador superaba en muchos aspectos, al autor de numerosas páginas bien trazadas. Si en sus libros y artículos de periódico fué un humorista, lo fué también en las charlas con sus amigos. El ingenio saltaba en las narraciones, cultas, sin procaacidad.

Fué, en nuestro medio, el más hábil de los manipuladores de anécdotas. Estas nunca eran de segunda mano ni de las internacionalizadas, cuya paternidad se ignora. En casi

todas las narradas por él había intervenido directa o indirectamente. Tenía el tino de descartarse como figura central: de lo contrario hubiera caído en la egolatría, defecto de mediocres y parlanchines.

Fué inagotable el tesoro de sus anécdotas, registradas la mayor parte en España. Unas tenían por escenario la vida de la milicia: fué estudiante de una de las más famosas academias militares. Otras, se sucedían en las esferas de la diplomacia y en rancieros caserones aristocráticos. Mas la mayor parte se anotaron en los cenáculos literarios de Madrid. En algunos figuraba Castelar, en otras José Echegaray, Joaquín Dicenta o el diabólico Jacinto Benavente. Todos esos hombros

ilustres lo distinguieron por sus dotes de caballero, de escritor americano y de hispanófilo confiriendo a este término el sentido dado en 1910; amor a España en sus glorias y fastos admirables.

El humorismo, constituyó uno de los puntales de su literatura y de su conversación. Poseía un sentido burlesco, inocente y oportuno. Había en él el propósito de pasar el tiempo en forma entretenida. Si fué buen conversador, jamás lo fué artificial como el *causar* de pega. Fué espontáneo y no trató de acaparar la plática. Dió oportunidad al amigo o compañero de letras a *meter baza* como dice el argot de los madriles.

Su humorismo estaba más en el fondo de sus artículos o pláticas que en el disloque de las frases. De allí que tuvo más afinidad con Wencés-lao Fernández Flores que con Gardiel Poncela, ayuno éste, de todo pensamiento. Flores se acerca mucho a Queiros, a Dickens o a Tackerey, maestros del humor de legítima ley y refinado gusto.

Al recordar a Peralta Lagos, en su calidad de conversador y humorista, conviene recordar que supo apartarse siempre de la grosería. En nuestros medios, a las injurias les llaman notas ingeniosas, y a las calumnias, flechazos de ironía. Pero, afortunadamente él se mantuvo siempre, como gran señor, sobre esas manifestaciones de ese falso arte centroamericano.

Llamó también la atención, en Peralta Lagos, su afán por mantener los fueros del idioma, robuyendo del regionalismo exagerado. Para él hacer arte americano jamás fué amontonar, sin discreción, las vulgaridades idiomáticas tan en boga hace quince años. El arte del Hemisferio no está en la terminología grotesca sino en el espíritu de la composición literaria.

Pudo librarse así del espantoso naufragio artístico en el que se hundieron tantos ingenios juveniles y admirables.

San Salvador, Julio 1945.

(De la Revista Cypactly).



LOS EX - CIRUELOS

Por J. M. Peralta Lagos

No hay como *llegar* para tener extrañas pretensiones. ¡Arribar! Los medios no importan.

El *arribista* lo primero que pierde es la memoria, o finge haberla perdido. Considera de mal tono poseerla o quisiera que todos fuéramos desmemoriados.

El juez que ayer prevaricó desea ahora que se le tenga por magistrado «probo».

El que amazó una fortunita saqueando las cajas fiscales o municipales, pretende pasar por ciudadano «integérrimo».

Individuos que cada vez que pudieron apuñalearon a la Patria, piden hoy que se les llame «eximios patriotas».

Más de alguno que contribuyó al asesinato de la República se intitula «insigne demócrata.»

El mundo da vueltas, pero no tan de prisa como algunos quisieran.

Ni la ciencia, ni el carácter, ni el talento se improvisan. La honradez y el patriotismo no se compran en las tiendas.

Si fulano era un perfecto animal hace dos años, lo seguro es que continúe siéndolo.

Si mengano se alzó con el santo y la limosna hará cosa de un lustro, lo probable es que se alce con la Parroquia o con la Catedral en la primera ocasión.

Quien se vendió de Juez, se venderá de Magistrado.

Hay señores que auxiliados por el sastre y el peluquero, y dándose unos aires que ellos creen de superioridad pretenden *imponernos* en la calle, y lo único que logran es provocar nuestra risa...

A veces se encuentran dos de ellos y entablan un diálogo como éste:

—Caballero!

—Oh! Caballero, tanto gusto,

—Amigo, he visto su brillante contestación al burdo ataque de «La Víbora», y lo felicito...

—Oh! Yo desprecio la obra de despecho y la envidia. Contesté por que se ponían en tela de juicio mi honor: mi dignidad.

Y no se le atragantan estas palabras, cuyo sentido verdadero suele desconocer.

Algunos de ellos, cuyo actuación se ha hecho crónica, han llegado a creer que valen algo, y no falta alguno tan negado que crea hacer milagros.

Solamente que yo, recordando al pardillo del cuento, que no creía en milagros de cierto San Antonio flamenco porque la había conocido «cruelo», me río y me divierto.

¡La farsa humana!

Es espectáculo gracioso, instructivo y barato. Y el que no se divierte, es tonto de capirote.

Nov. 25 de 1919.

Del libro «Burla Burlande».



Nuestros Progresos

Por T. P. Mechín

Confieso avergonzado que fui escéptico, y que luego descendí hasta el pesimismo, caverna que debe de ser la antesala del infierno.

Afortunadamente aquello se acabó: la nueva ley monetaria obró en mí ese milagro.

Los poderosos y los grandes querían el colón de cuarenta centavos, con miras *piadosas* en favor de los desvalidos. En cambio los *de a pie*, los pequeños, pedíamos el colón de medio dólar, con fines *egoístas*, y lo

obtuvimos. Alguna vez habían de ganar los moros...

Fuí curioso a cambiar un billete por oro, y cuando ví que aquello no era un miraje sino realidad; cuando pensé que en todo el mundo sólo dos países garantizaban y pagaban sus billetes, se exaltó mi patriotismo y compuse esta cuarteta:

Il-ya- deux paya encore,
Oú l'en voit portout de l'or:
Les Etats Unis d'abord,
Et puis le San Salvador.

¿Porqué atento contra las Musas en francés y no en español? Ah...! No hay como el francés para hablar o las señoras...

¿Y acaso Víctor Hugo no versificó en español? Pues... estamos a mano.

No es la primera vez que nos codeamos con los yanquis. Ya el año 23 intentamos ser la cola de «esos búfalos con dientes de plata», y al paso que vamos sospecho que pronto hemos de ser algo más bajo.

Nuestros progresos—material y moral—son innegables.

Hace pocos años, aún teníamos aficiones románticas. ¡Qué tonadas...!

De niño ví representar la «Flor de un día» en Soyapango. (Por cierto que uno de los actores se quitaba los zapatos en cuanto salía de la escena, porque le molestaban horrosamente). Y según cuenta mi estimado amigo el Dr. Parada, en Usulután representaron nada menos «La vida es sueño».

Tales cursilerías han desaparecido con nuestro flamante progreso, arrolladas por el cultísimo *boxing* o por canciones tan bellas como la de «We have not bananas».

Sólo en Mejicanos se cultiva aún el arte de Talia por un grupo de gente atrasada y de mal gusto.

Sí: hay que ser fuertes. Y prácticos.

El teatro romántico no es el aparente para fomentar las aspiraciones modernas. Calderón y Lope tenían la chifladura de fustigar el vicio y exaltar el honor. ¿El honor? ¿Para qué sirve? ¿Qué produce?

En cambio las películas americanas nos ofrecen algo viril; algo que conforta y llega al alma... Aquellas interminables carreras a caballo; aquellos combates a puñetazo limpio, y aquellas mujeres que se dan de

balazos, no pueden menos que educar y elevar nuestros sentimientos.

Cabe acaso comparación entre una tizona del siglo XVI y una browning del siglo XX?

Nuestro gusto ha cambiado en menos que canta un gallo.

Cinco o seis lustros atrás nuestro público acudía en masa a ver a don Julio Luque en «Don Juan Tenorio» o en el Marcial de «La Pasionaria». Nuestras mujeres lloraban...

Ahora no. Ellas también devienen fuertes: fuman y beben whisky.

Se emancipan.

La noche que ví por primera vez a la señora Fábregas no pude menos de exclamar: ¡Qué pechuga!

—Ya no se usa *eso*... —dijo con aire displicente una señorita desmirriada que me había oído en el palco de al lado.

Sí: pronto será indecoroso tener pecho o hijos, así como ya resulta cursi tener corazón.

El eminente actor D. Ricardo Calvo se ha equivocado, a menos que él prefiera los laureles a los doblones». Y probablemente es así, pues imposible parece que no conozca el célebre dístico del Fénix de los Ingenios;

«El pueblo es necio y pues lo paga
(es justo,
Hablarle en necio para darle gusto»

Cuando estaba para llegar aquí con su magnífica compañía, me quejé de los elevados precios que la empresa había señalado, en mi deseo de que todo el mundo pudiera gozar del espectáculo sublime y único que el gran actor iba a ofrecernos; pero me equivoqué. El público no acudió ni con precios bajos.

Una noche, mientras una centena de sentimentales nos emocionábamos

en el «Principal», un millar de espectadores *fuertes* aplaudía con frenecí a los pobres diablos que en el «Mundial» se saltaban las muelas a mojicones. Y la entrada costaba cinco colones!

En tanto que cuatro gatos escuchan boquiabiertos los exquisitos versos de los Quinteros, varios autos ruedan llevando a la estación de oriente a la élite nuestra. Van a encontrar a King Bryand, el semental que viene de Panamá.

Y mientras el primero de nuestros literatos no pudo aceptar por falta de dinero la honrosa invitación

que el Perú le hiciera—honrando de pasó al país— con motivo del centenario de Ayacucho, abundan los *meceñas* que se gastan miles de duros en caballos de carrera o en premios para las mismas.

Todo esto es realmente halagador: el espíritu se levanta!

No hay razón para ser pesimistas.

Se puede titubear entre un ilustrado poeta y un semental? Jamás! Paso a los fuertes!

T. P. Mechín.

Diciembre de 1925.



Un Drama a Bordo

Escribió: José María Peralta.

«¿Cantas o lloras, pajarillo amable,
entre esas rejas, ¡ay!, de alambre fiero,
que a eterno cautiverio te condenan?
¿Cantas o lloras? La fortuna impía...

(De un libro de L. F. Mantilla).

Allá por los años del 8 al 10, atravesaba yo el Atlántico yendo a Europa. Era la tercera o cuarta vez.

La mañana espléndida: un cielo azul, casi de añil, sin una nube, y una brisa ligera y fresca que cubría el mar de borregos blanquísimos.

Cansado de leer en mi poltrona del puente, decidí bajar a afeitarme en mi camarote. En ello estaba, cuando oí gritos, clamores y carreras en la cubierta y los puentes.

¿Será incendio? Subí presuroso...
Menos los maquinistas, todo el

mundo, a estribor, escrutaban el cielo hacia el oriente. En medio de un grupo, una joven y bella pasajera, lloraba. En sus manos tenía una jaula vacía.

Un canario se había escapado, y gozoso se lanzó al empíreo a disfrutar [por fin] de la libertad.

El pajarito, como una flecha, en línea recta se alejó del buque y pronto se perdió de vista.

Pasado un buen rato, nuevos gritos y hurras. El canarito regresaba y venía hacia el barco.

Su dueña le enviaba palabras de cariño. Lo llamaba con amor, y en todos los semblantos se pintaba la ansiedad. Quizás no había nadie que no deseara un desenlace feliz.

El pajarillo, algo fatigado, volaba a la par del barco. Se alejaba un poco, pero volvía. Se veía que no podía más.

La pobre avecilla, desesperada, tibatubeaba. La soñada libertad era nada menos que la muerte. Regresar a bordo significaba la reanudación del cautiverio. Las dudas del pajarito nos angustiaba a todos. Por fin, pudo más el instinto de conservación, y el pobrecillo se arrojó sobre un rollo de jarcias.

Su bella propietaria voló a su lado. El pajarito, extenuado, no se movió, y fué bañado con lágrimas de gozo de su hermosa dueña, que lo apretujaba y cubría de besos.

¿Qué pensamientos crueles torturaban al minúsculo y maravilloso cantor?

¡Minutos después, meditaba entre las rejas doradas!

No cantaba. ¡La lección había sido muy triste!

Los pasajeros fueron dispersándose.

En el puente del capitán no quedaban más que el oficial de guardia.

A la hora del lunch y en la cena, el drama de la mañana fué el tema de las conversaciones.

¡Cuántos comentarios!

¿Para qué sirven las alas de las aves pequeñas?

Sólo a Su Majestad el Cóndor, y a las águilas regias le hacen poderosos.

¡Las más las usan sólo para huir de las aves de rapiña!

Yo recordé un adagio español que dice: «Las hormigas echan alas sólo para que se las coman los grajos». ¡Ay! es muy cierto. Entre los humanos también sucede algo parecido.

El pajarito canto al amanecer del otro día, como si tal cosa...

¿Había escuchado los mil votos de los pasajeros y tripulantes? Dicen que los teósofos creen en ello... ¿Obrará la Providencia esos milagros?

Detengámonos una vez más en el umbral del misterio.

Confieso que esa vez, como otras pocas, habría deseado ser poeta. Porque el corto y emocionante drama reclamaba la poesía...

Por lo menos unos versos.

San Salvador, Diciembre de 8 1943



SENTENCIAS DE CICERON

* Más hombres han sido aniquilados por otros hombres, esto es, en guerras y revoluciones, que en cualesquiera otras calamidades

* Nada hay tan veloz como la calumnia; nada se hace más fácilmente, nada se lanza más pronto, nada se propaga más extensamente.

* Un hombre bueno no se atreve a hacer ni a pensar siquiera, algo que no pueda decir.

* Como el fuego, al ser arrojado al agua inmediatamente se apaga y pierde su fuerza, así la bullidora calumnia lanzada sobre una conducta pura e intachable, al punto se desvanece y extingue.

* Tienes en el sueño una imagen la de muerte y de ella te vistes diariamente.

* Todo mal cuando comienza se sofoca fácilmente: inveterado, se vuelve de ordinario más fuerte.

* No entienden los hombres cuán grande renta es la economía.

* Como la medicina con respecto a la salud, el gobierno con relación a la nave, así la prudencia es el arte de vivir.

* ¿Qué hay tan vano como el aprobar alguna cosa desconocida?

De la Dirección

En los cien años del nacimiento del Dr. David Joaquín Guzmán

El 15 de agosto próximo pasado, se le tributó un homenaje admirativo en el Paraninfo de la Universidad Autónoma de El Salvador, al doctor DAVID JOAQUÍN GUZMÁN, con motivo de que en esta fecha cumpliría cien años —de haber vivido aún— quien desapareció de la existencia en los primeros meses del año de 1927.

Siempre la Academia Salvadoreña de la Lengua, correspondiente de la Española, el ATENEOS DE EL SALVADOR, y la Universidad Autónoma, unidos, hicieron acto de reconocimiento a los méritos de quien fué uno de los más altos exponentes del pensamiento salvadoreño, en diferentes caracteres y aspectos: como médico, como botánico, como arqueólogo, como pedagogo, como orador, como idea activa encarnada en hechos. Desentrañó de los productos de la tierra y del hombre, los secretos que transformó en vitaminas positivas para fortalecer la cultura. Dejó unas cuantas obras que son productos de pacientes y concienzudos estudios de la naturaleza. En la ciencia aplicada, dominó los extensos campos en que se manifiesta el aporte para el conocimiento humano.

Preclaro el doctor Guzmán, merecía el tributo de aquellos centros que tienen obligación no sólo de reconocer los valores encarnados en

un hombre, sino de hacerlos conocer y extenderlos en la conciencia ciudadana para que el olvido no encierre a tales valores en su ataud de indiferencia, que equivale a muerte.

EL ATENEOS DE EL SALVADOR, del que el doctor David Joaquín Guzmán fué uno de sus alentadores, dedica estas páginas a su memoria. Recoge el tributo ofrecido el 15 de agosto y los distribuye con satisfacción para que sea conocida, a través de los expositores, la obra y el valor permanente de quien la produjo.

Publicamos la crónica que DIARIO LATINO dió de los actos efectuados aquel día en honor del que cumplió cien años de haber nacido. (1845-1945). Asimismo, publicamos dos de los trabajos leídos en el Paraninfo universitario: el del profesor Gilberto Valencia Robleto, quien representó al ATENEOS DE EL SALVADOR, y el del doctor Antonio Calderón Morán quien lo hizo a nombre de la Universidad Autónoma. El trabajo del doctor Alberto Rivas Bonilla no lo publicamos, debido a que, atrasos de última hora, impidieron al distinguido académico proporcionar la copia respectiva.

Sea, así, este reconocimiento, la expresión leal y directa de nuestra institución para quien en vida supo enaltecerla, distinguirla y prestigiarla.

Doctor David Joaquín Guzmán, en conmemoración de su nacimiento

Sr. Rector de la U. N.
Honorable C. D.
Señores, Señores, Señoritas.

1.845—1.945. En esta fecha, hacen cien años, nació el Dr. David Joaquín Guzmán, encontrándose, como Presidente de la República, su padre, Gral. Joaquín Eufasio Guzmán,

A la edad de 26 años, 1.871, al terminar sus estudios de medicina y cirugía, en Francia, y de incorporarse (como médico) en la Facultad médica de Madrid, regresó a su Patria, poniendo desde que ingresó, al servicio de la Nación, sus luces, su talento y su gran espíritu dinámico.

La obra del Dr. Guzmán es digna de estudio en sus aspectos: Médico distinguido, Pedagogo, gran Filólogo, Naturalista, artista de la palabra, crítico notable, político, periodista, literato, humanista.

Como político dejó oír su verbo fresco, lozano, juvenil, en varias Asambleas Constituyentes (1.871, 1.873 y 1.886). Allí vibró a torrente, en elocuencia avasalladora, en medio de aquel aerópago, núcleo de pensadores eminentes y de oradores tribunicios de alto nombre. De sus discursos elocuentísimos resultaban implantamientos de disposiciones, que hoy día, forman la plataforma legal, en que descansan los derechos ciudadanos, al amparo de su Carta Fundamental.

Siendo Secretario de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores e Instrucción Pública, por enfermedad del titular, juriconsulto Dr.

Fabio Castillo, hizo jira de propaganda por los departamentos de la República, exponiendo los nuevos métodos de enseñanza. Y a él le correspondió, en 1.872, firmar, con el Dr. Marco Aurelio Soto, el famoso Pacto de Alianza con Guatemala, en la Administración del Gral. Justo Rufino Barrios, en donde se leen las siguientes palabras dignas de ser recordadas en esta sesión pública, porque son de actualidad palpitante:

«El cielo Centroamericano tiene que despejarse... Nuestros pulmones necesitan respirar un aire más puro. Esas cinco fajas representan cinco pueblos que deben brillar unidos, desde el confín de la República mexicana, hasta el Istmo de Panamá. Cuando la libertad esté comprometida, nos veréis a vuestro lado, rodeando ese glorioso emblema de la Patria, por el cual es dulce morir».

Hombre de ciencia, cultor infatigable; dedicóse a la generalización provechosa de la enseñanza; a la vulgarización de sus profundos conocimientos para beneficio de la cultura pública.

Orador insigne. Quien quiera que haya tenido la oportunidad de oír los discursos del Dr. Guzmán, en el seno del Ateneo, Academia «Renovación» e instituciones militares, ha debido quedar entusiasmado: propiedad de estilo, mímica correcta, dicción fácil y oportuna.

Le sirvió la tribuna para proclamar con palabra vigorosa y expresiva, las convicciones de su espíritu ilustrado.

Gran orador; los ecos de su verba se dilataron por horizontes amplísimos, con la claridad que imprime a los procedimientos, la sincera convicción ilustrada del apostolado.

A fines de 1.870, organizó, con el concurso de profesores nacionales, los primeros Comités de Instrucción Pública, en todo el país. Y si fué electo diputado varias veces por dos de los departamentos orientales, fué porque con elocuencia envidiable sostuvo los principios democráticos en varios discursos memorables que circularon profusamente.

Al referirse a las estériles matanzas intestinas que arruinan a estas repúblicas, sus frases enérgicas son saludables:

«Las guerras civiles han sido el azote de nuestra raza y el móvil que ha estimulado a pueblos ambiciosos para extender sus dominios sobre regiones privilegiadas, pero escasos de los elementos de riqueza y fuerza para sostener sus derechos. Cuando los brazos se arman para derrocar la tiranía y volver a los pueblos sus derechos ultrajados, si en esa lucha generosa salen victoriosos, la calma y la felicidad se esparcen en la sociedad como un bálsamo regenerador para esta calamidad pasajera. Las almas se han fortalecido esperando días más felices y los ciudadanos retemplados en esa atmósfera de reivindicación, han adquirido una fuerza moral más grande que la de las naciones fuertes. Pero cuando la ambición y las malas pasiones han relajado las costumbres y aletargado el espíritu de libertad, esas disenciones dimanar de principios criminales; los hombres se arman y despedazan para colocar en el solio un caudillo que reparte los despojos de la patria entre los criminales que le ayudaron a sembrar

la miseria y el dolor entre los ciudadanos dignos que se apartaron de ese cuadro de horror, ennegrecido por la exaltación de las pasiones más bajas; la codicia de riquezas fáciles, puesto que no hay más que tomarlas de la caja que se llenó con los sudores del pueblo, la venganza cruel, los odios políticos degradando la dignidad humana y los méritos de los buenos ciudadanos, la violación de la honra y de la inocencia, el furor brutal de destruir lo que no se puede disfrutar, las obras de arte, los monumentos de nuestras glorias, he aquí lo que significan los arrebatos frenéticos de los que impulsan los movimientos criminales de las revueltas».

Cuando se dirigía el Dr. Guzmán a sus conciudadanos para tratar del derecho y deber de votar, les decía:

«Mostrarse indiferente ante esa lucha digna y patriótica de la cual depende el bienestar nacional, es renegar de la personalidad humana y olvidar uno de los más altos deberes cívicos; pues con esta culpable abstención se autoriza pasivamente la entronización de la inmoralidad, de la ambición y de la tiranía; es poner en pública almoneda a esa madre santa y gloriosa, la Patria, a la que debemos todos nuestros esfuerzos y hasta nuestra misma vida».

En la tribuna pocos se le han igualado. Elocuencia mágica la suya. Nos recordaba, al oírle, a aquellos grandes tribunos romanos, haciendo brillar sus cláusulas y apóstrofes de fuego en pleno Senado.

Copiosa fué la obra del doctor Guzmán en la cátedra Universitaria y a través de todas las manifestaciones del pensamiento.

Gallardo y longevo fué su hondo pensar en sus sapientes discursos.

Orador eminentísimo que con su

palabra robusta y vibrante, supo enfrentarse a las tiranías, arengando a las multitudes que le escuchaban con deleite y veneración.

Y sus sabios conocimientos que sobre oratoria, métodos para leer y declamar correctamente, están expuestos en los siguientes volúmenes:

El «Prontuario de Elocución, Estilo, Declamación y Elocuencia, Vademecum del Orador Salvadoreño», se decretó texto oficial para los establecimientos docentes. El verdadero mérito de este libro consiste en la exposición clara y metódica de la materia, en armonía con las doctrinas y prácticas que rigen al arte oratorio. La obra es un resumen fiel del arte, que pone al lector, aún el más bisoño, al corriente de conocimientos de gramática y retórica, pues el autor explica, cuidadosamente, todo lo que es necesario para que el orador se presente a la tribuna, armado con todos los poderosos recursos del pensamiento y de la acción. Y de esto, más que todo, depende el triunfo de la palabra.

El talento oratorio debe sacarse del propio caudal que posee el tribuno; y el doctor Guzmán pone en ello tal empeño, que es de utilidad para los salvadoreños, imponerse de los sabios preceptos de este libro.

Esta obra la necesitan todos los que por algún título o aptitud, están llamados a figurar en los diversos círculos políticos y sociales; y aunque no todos lleguen a ser verdaderos oradores, porque esto depende del estro que la naturaleza concede, sí pueden, mediante esta enseñanza, expresarse correctamente en público, y aún levantar el entusiasmo si actúa el corazón, y, arrebatado el aplauso, por las ideas que deleitan y conmueven el ánimo.

Por eso, con sagaz penetración, el autor ha definido bien la verdadera elocuencia, no sólo atendiendo a los principios del arte, sino también, guiando los afectos pasionales, de grandes efectos tribunicios.

El eminente escritor francés, Edmon de Bellay, se expresa así al referirse al Prontuario del Dr. Guzmán:

«Ultimamente, ha caído en mis manos un libro útil, sabio, profundo. Yo admiro el poder sintético, científico y literario del autor del texto de Oratoria en uso en las escuelas salvadoreñas, al resumir en unas doscientas páginas, y con verdadera maestría y penetración, toda la sociología moral y política del arte sublime de la palabra.

El reparto de la materia, al tratar tantos y tan variados temas, indica claramente el dominio absoluto que el autor tiene en el extenso campo de la cultura moral e intelectual del hombre, que es como abrazar toda la filosofía de la educación. El libro no sólo instruye, sino que patentiza, y hace asimilar los métodos prácticos, los conocimientos técnicos del arte para que el futuro cuidado represente con eficacia sus actividades en la vida política y social. Y lo hace con tal lujo de enseñanzas, que el éxito depende del fervor que se ponga en asimilar todas las condiciones de un estilo claro, cristalino, brillante, elocuente, con las superioridades de la pronunciación y el vigor del ademán. Así es como este libro mantiene el interés y atrae la atención al grado que el lector no lo suelta hasta agotar su última página, al conjuro de tan genial educador. El autor se avanza audaz y seguro al extenso campo de la pedagogía de la elocuencia; conoce el secreto del arte, puñe las frases,

afligrana la expresión y la enriquece, evoca imágenes seductoras, y ahonda en sus compatriotas, el amor santo de la patria.

Me satisface hondamente que tal libro esté en manos de la juventud salvadoreña; y bien merecidos aplausos se ha ganado el autor por su meritoria labor, como el Gobierno salvadoreño en difundirla con profusión en menos del pueblo». Hasta aquí la palabra del Sr. Bellay.

Después de estas palabras de aliento lanzadas por persona competentísima, nos asombra el indiferentismo que se nota en nuestra juventud, ávida de luz y de gloria, al no aprovechar libro como el que analizamos; ni las conferencias que el autor diera en los centros de enseñanza, y a veces en la Universidad y en el Ateneo y en la Academia «Renovación», sobre el arte oratorio, con el solo objeto de proporcionar a los que Dios quiso obsequiar con talento y luces, un instrumento poderoso de convicción, de deleite y de elevación de tanta trascendencia en todos los actos de la vida política y social.

Ya hemos tenido ocasión de oír pláticas inveracundas y faltas de todo sentimiento de crítica voraz y desinteresada, sobre la entonación oratoria o sean las inflexiones de voz, sobre el ademán y el gesto, que el Dr. Guzmán recomienda como el elemento máximo de los grandes éxitos oratorios. Pero también consuela que voces más caracterizadas se hacen oír, afirmando que estos preceptos del arte son los únicos que contribuyen a la exaltación de la verdadera elocuencia.

Antonio Maura, estadista y orador, quien posee la obra «Prontuario de Elocución, Estilo, Declamación y elocuencia» del Dr. Guzmán,

en sus discursos da a la palabra *la exteriorización plástica de la acción*, y por qué no hacerlo aquí entre nosotros? obra para los salvadoreños, escrita por un sabio nuestro, quien, en esta fecha gloriosa para la Patria, hace justamente CIEN Años, vino al mundo su autor, Dr. David Joaquín Guzmán; también, en 1923, escribió «Nuevo Método para leer y Declamar Correctamente», para escuelas primarias superiores e institutos de enseñanza secundaria y normal. Esta obra, tan sencilla y práctica en el sentido fonológico, como éste para obtener una buena pronunciación, es poderosa auxiliar de la dicción, formas gramaticales y estilo.

El Dr. David Joaquín Guzmán, siendo Socio Honorario del Ateneo de El Salvador, aceptó cargos en la Junta Directiva: fué Presidente, vice-Presidente, Secretario, Director de la Revista, a la que prestigió con sus valiosas producciones literarias y científicas, que por sí solas, dan lustre a la labor intelectual del Ateneo, al que me honro prepresentar, haciendo uso de la palabra en este homenaje, Centenario del nacimiento del Dr. Guzmán.

El Dr. Guzmán, con su perspicua y notabilísima inteligencia, supo iniciar y dirigir la acción dinámica del Ateneo, dejando siempre, como estelas de luz, sus ideas públicas.

Se le vió siempre erguido, oponiendo su estructura humana a los embates de la suerte y el destino; mas, siempre optimista, porque comprendía que los inmensos, los grandes designios de la naturaleza, no se tuercen y tienen que cumplirse como preceptos infalibles. Pero, cuando al Dr. Guzmán se le interrogaba sobre tal o cual asunto, como que despertaba el bonancible tempera-

mento propio y tornaba al ambiente, dulce, atento, oportuno, acertado.

Crónica del Diario «La República», dice que el 10. de marzo de 1886, a las 9 de la mañana, tuvo lugar la inauguración de las clases universitarias. El Dr. Guzmán fué el orador Oficial. Su discurso fué una pieza digna de elogio, tanto por su mérito literario como por las ideas avanzadas que contiene.

El Dr. Guzmán fué un notable sembrador de ideas, tanto en la cátedra, en el libro, en los periódicos, y como tribuno, poniendo en el culto de la palabra, siempre elegante, musical y elocuente, la frase artísticamente escultural y el pensamiento profundamente conceptual, a fin de obtener el más noble cumplimiento de los deberes de cada uno, dentro de las normas de la moral que hace fecundos a los pueblos y grandes a

los individuos.

Y cuando la vida de un hombre se torna paradigma de bondad y de justicia humanas, ritmada al dictado del talento y de las virtudes, ya no le caben prejuicios impuestos por la vanidad humana, y a la Patria tócale perpetuar su nombre para que la juventud vea en él al Astro de Grandes Magnitudes...

Hoy la Patria en este acto, y en la Placa Conmemorativa que, vaciada en bronce, colocará en la casa que habitó el tribuno, el maestro, el publicista y el ciudadano benemérito, le hace justicia y lleva su nombre a la inmortalidad.

Bendita sea la Patria que así premia a sus buenos y nobles hijos!

Gilberto Valencia Robleto.

En Representación del Ateneo de El Salvador.

San Salvador, 15 de agosto de 1945.



El Homenaje al Doctor David Joaquín Guzmán

(De Diario Latino, 16 de Agosto de 1945)

Ayer, entre nueve y 12 del día, se llevaron a cabo los actos programados por el Gobierno y diversas instituciones culturales, en homenaje al doctor David J. Guzmán, notable hombre de ciencia y literato salvadoreño, con motivo del primer centenario de su nacimiento.

Solemnes, patrióticos, plenos de emocionado cariño y admiración a la figura del ilustre desaparecido, estuvieron los actos, así en la Universidad, como en la colocación de la Placa Conmemorativa de bronce que fué colocada en la casa donde vivió

por muchos años, como también en el Museo Nacional a la hora de bautizar dicho centro con el nombre del doctor Guzmán, su fundador. A este último acto, realizado entre las 10 y 30 y las 11 y 30, asistió el Presidente de la República, General Castañeda Castro.

EN LA UNIVERSIDAD

El acto de la Universidad se distinguió por la ponderación de los discursos y lo selecto de la concurrencia. A nombre de la Academia

Salvadoreña de la Lengua, hizo uso de la palabra el doctor Alberto Rivas Bonilla, que pronunció una brillante pieza oratoria, en la cual hizo resaltar la figura académica del desaparecido y su influencia en las letras nacionales.

Siguió en el uso de la palabra al doctor Rivas Bonilla, el profesor don Gilberto Valencia Robleto, quien habló a nombre del Ateneo de El Salvador. El señor Valencia Robleto se refirió a la parte relacionada con la oratoria, ramo en el cual el ilustre sabio desaparecido no

sólo fué un gran orador, sino un didacta de la oratoria.

El acto de la Universidad finalizó con el emocionado discurso del doctor Antonio Calderón Morán, quien hizo una evocación del desaparecido maestro y lo estudió desde es punto de vista de la botánica, en la cual fué una autoridad el recordado galeno. El doctor Morán estuvo feliz en la relación de su discurso, el cual fué cálidamente aplaudido por la concurrencia.

Publicamos a continuación esta pieza oratoria:

Discurso del Doctor Antonio Calderón Morán

Señor Rector:

Señor Presidente del Ateneo:

Señor Presidente de la Academia de la Lengua:

Señoras:

Señores:

Hay en la vida, coincidencias verdaderamente felices e impensadas. El hecho de estar ocupando en estos momentos, esta honrosa tribuna; como vocero de nuestra centenaria Universidad, que participa así en el homenaje a esa gloria nacional que se llamó David J. Guzmán, es para mí, en lo personal, una coincidencia feliz, un acontecimiento que me llena de la más honda satisfacción, porque el doctor David J. Guzmán ha sido, a través de sus obras, un verdadero maestro mío, y nunca pensé, nunca lo hubiera imaginado, tener la gratísima honra, de dedicar, así, ante un público de tan alta cultura, estas humildes frases, en honor de su muy preciada memoria. Agradezco, pues,

a nuestra Universidad Autónoma, la grata oportunidad y el señalado honor de designarme como su portavoz, en este acto conmemorativo del primer centenario del nacimiento del doctor Guzmán.

Todavía era yo un estudiante del primer año de Farmacia, hace de eso algo así como quince años, cuando el nombre del doctor David J. Guzmán llegó a mi conocimiento. Su personalidad ocupa en mi corazón, desde entonces, el puesto de los hombres a quienes uno rinde reverencia y cuyas vidas fecundas sirven de estímulo y ejemplo.

Fué una mañana. Ahí, en ese andén de Catedral que da frente al portón universitario. En el muro de la verja, que es nuestro salón de espera y de conversación cuando somos estudiantes. Días atrás, habíamos estado, con un compañero, hablando de las propiedades terapéuticas de algunas plantas salvadoreñas. Repetíamos lo que la ciencia popular afirma, y nada más. El Guarumo, el Peine de Mico, el Chichicas-

te, la Lombricera, el Acapate, el Mangollano, todas esas y otras más, eran plantas que atraían nuestra curiosidad científica. Pero no teníamos, en verdad donde satissacerla. Pues bien, aquella mañana, un hombrecillo de esos que vienen a las ruedas de estudiantes con la esperanza de conseguir unas cuantas monedas a cambio de libros algunas veces valiosos, vino hacia mí, con un libro viejo y feo de la pasta, proponiéndomelo en venta. Al abrirlo, debo haber lanzado un Eureka, como Arquímedes, pues aquel libro era, precisamente lo que andábamos necesitando. Aquel libro viejo y feo de la pasta, era este libro. Es la FLORA SALVADOREÑA, con aplicaciones a la Medicina, Farmacia, Agricultura, Artes, Industrias y Comercio por el doctor David J. Guzmán. Qué alegría, la nuestra entonces. Y qué alegría, hay después, todas las veces en este valioso libro, libro de estudio y de consulta, que nos ha proporcionado conocimientos científicos que no hubiéramos encontrado en ninguna otra parte. Pero hubo algo más, también, en este libro, que aguijoneó mi joven imaginación, haciéndome sentir en el pensamiento, lo que significa dedicarse con tesón a las obras del intelecto. Ese algo fué la enumeración de algunos de los títulos del doctor David J. Guzmán, en la portada del libro Médico y Cirujano de la Facultad de París. Miembro Correspondiente de la Real Academia Española. Oficial con Palmas de Oro de la Instrucción Pública de Francia. Medalla de Oro de Primera Clase en el Concurso Pedagógico de 1886. Cruz de Honor de Boston. Ex - Comisario General de las Exposiciones. Laureado con dos Primeros Premios en los Concursos Pedagógicos Cen-

tro Americanos. Ex - Fundador y Director de los Museos Nacionales de Nicaragua y El Salvador, etc., etc. ¡Quién como él!, me repetía en aquel entonces, en mi interior. Hoy me digo: no todos nacemos bajo el signo de la sabiduría.

En nuestro medio tan duro y hostil a las altas manifestaciones del espíritu y del intelecto, hacerse merecedor al título de sabio equivale, implícitamente, a merecer también el de héroe. Porque héroes son, y con heroicidad del temple más fino: los que a fuerza de voluntad y dedicación, logran elevarse por encima de ese ambiente malsano que lo forma nuestra pereza habitual y nuestra indiferencia endémica. Porque somos así, aunque sea doloroso el decirlo, indiferentes y apáticos, lerdos y sordos, perezosos y ciegos, para todo cuanto a vuelos del espíritu se refiere. Un pintor de mérito, un exquisito poeta, un científico de nota, un escritor de vasta cultura, no florece en nuestro suelo sino por un milagro del Supremo Hacedor, que de cuando en cuando nos concede tan grandes dádivas.

Por eso, hombres como el doctor David J. Guzmán, que consagran por entero sus vidas al cumplimiento de sus altos destinos, dejan tras de sí, al desaparecer del terrestre escenario, unas como anchas y refulgentes estelas, que son el recuerdo de sus grandes obras y de sus ejemplares méritos. El tiempo, en fuerza de justicia y de razón, los nimba de gloria y los llama sabios o artistas. Llámemosles también héroes.

Es fácil aplicar epítetos de gran sonoridad y de mucha onomatopeya cuando de homenajes se trata. Pero los epítetos son vanos y falsos, si no hay nada sustantivo que los respalde. Las glorias de adjetivo, son glo-

rias de arena: Son bombo y nada más. Lo falso podrá alzarse un momento, pero todo lo que es falso, tiene que caer. Es una ley inexorable. En el caso del doctor David J. Guzmán todo es sólido, con solidez de granito. Todo, pedestal y estatua. Un homenaje a su memoria no es literatura ni snobismo. Por su nombre, hablan sus obras. Obras tangibles y reales. Reales de realidad y reales de realidad intelectual. Era Médico y Cirujano eminente pero también era Botánico, Zoólogo y Geólogo de grandes capacidades.

Era pedagogo de vasta cultura, pero también era Periodista de pluma encendida y depurado estilo, y también Historiador de respetable opinión. Su mente fecunda le permitió abarcar, con solidez de especializado, cada una de las ramas científicas a las cuales aplicó su maravilloso pensamiento. Y de cada una, tuvo la gentileza de legarnos obras didácticas que ahora nos sirven de guías y que colman de prestigio la bibliografía nacional.

Indudablemente, el doctor David J. Guzmán, es una gloria nacional!

En el Museo Nacional

Terminado el acto de la Universidad, la concurrencia siguió rumbo a la casa en donde residió la mayor parte de su vida (Casa de la sucesión Guzmán), y en el lugar más visible fué colocada una lápida que conmemora este suceso.

De este lugar, la concurrencia siguió hacia el Museo Nacional, el cual fué bautizado desde ayer con el nombre de su fundador, por medio del Acuerdo que adelante republicamos.

Inició el acto, el Director del Museo, Br. don Tomás Fidias Jiménez, quien hizo alusión al homenaje que el Ejecutivo llevaba a cabo y la trascendencia, en los campos del estímulo y de la cultura, de dicho acto. Seguidamente, la Orquesta Sinfónica de los Supremos Poderes ejecutó una selección musical.

El doctor Rafael González Sol dió lectura a una breve reseña biográfica del desaparecido, haciendo recalcar los vastos conocimientos en los diversos ramos del saber humano del

distinguido salvadoreño; de los honores de que fué objeto, tanto en el país como en el exterior, a lo largo de su vida, y de la obra fecunda que en pro del civismo y de la cultura patria hizo por medio del libro, del periódico, del aula y de la cátedra.

Seguidamente fué leído el Acuerdo Ejecutivo por el cual se bautiza el Museo con el nombre de «DAVID J. GUZMAN». El Acuerdo en cuestión dice a la letra:

PALACIO NACIONAL: San Salvador, (Cuscatlán), 13 de agosto de 1945.—Señor Andrade.

HOY SE HA EXPEDIDO EL ACUERDO QUE DICE:

ACUERDO No. 2071.—Conmemorándose el 15 de este mes, el primer centenario del nacimiento de don David Joaquín Guzmán, ocurrido en la ciudad de San Miguel el 15 de agosto de 1845, quien, después de los estudios reglamentarios en el patrio suelo, obtuvo en París el tí-

tulo de Médico y Cirujano, habiéndose dedicado a su regreso al país, además del ejercicio de su profesión, a estudios e investigaciones científicas en las ramas de Historia Natural y las Ciencias Sociales, por lo cual editó numerosas obras didácticas, habiendo sido el fundador del Museo Nacional y su primer Director, cargo para el cual fué nombrado por acuerdo Ejecutivo de fecha 9 de octubre de 1883 y siendo un deber del Estado el de perpetuar la memoria de sus esclarecidos hijos, que con sus luces y aportes culturales le han dado honra y gloria, el Poder Ejecutivo CCUERDA: designar al Museo Nacional y Departamento de Historia Anexo, a partir del 15 de agosto del corriente año, con el nombre «DAVID J. GUZMAN», como un merecido y justo homenaje que el Estado tributa a su memoria. COMUNIQUESE. (Rubricado por el señor Presidente). El Ministro de Cultura.—(f) CASTRO».

Y lo transcribo a usted para su

conocimiento y efectos consiguientes.

DIOS, UNION, LIBERTAD.

RANULFO CASTRO.

Acto después del cual, el Ministro de Cultura Popular, doctor Ranulfo Castro, declaró bautizado el Museo con el nombre del sabio Guzmán. Grandes aplausos del público saludaron las palabras del funcionario, y la orquesta ejecutó una selección musical.

Por último, el doctor Julio Enrique Avila, a nombre de la familia Guzmán, pronunció un bello y expresivo discurso de agradecimiento, que al terminar había conmovido a la concurrencia, que aplaudió cálida y sinceramente.

Así se llevaron a cabo los actos de ayer, en homenaje a uno de los hombres más sabios y profundos que el país ha tenido en los últimos cien años.



De los Viejos Tiempos

Juayúa, Ciudad Precolombina

Por Jorge Lardé y Larín

Hace muchas centurias que Juayúa fué fundada en el corazón de la montaña y hace también mucho tiempo que fué atalaya y bastión de los izcalcos, laboriosa y aguerrida tribu de los pipiles, que avisoraba a los poderosos pokomámes, que al otro lado de la sierra coronada de nubes

impolutas, habitaban en Chalchuapa y Atiquizaya.

Pocos testimonios arqueológicos nos quedan de la vieja ciudad india. Algunos objetos de cerámica, cuchillos y lanzas de obsidiana, metates o piedras de moler, pequeños ídolos de piedra o de barro cocido,

etc., etc., constituyen las vagas pruebas de su gentilidad. No existen allí restos de grandes construcciones, pues la naturaleza sísmica de su suelo ha de haber destruido los teocallis antaño edificados para adorar a sus dioses. Pero a 4 k. al N. E. de la población, en la Hacienda «San Luis» de don Secundino Mata, existen algunos túmulos o montículos de tierra y piedra, sin restos de calicanto, que son antiguas tumbas de tecutis o jefes omnipotentes.

El nombre primitivo de esta ciudad, apenas ligeramente adulterado, YUAYUA, está formado de dos voces del idioma pipilnáhuat, a saber: YU, apócope de YULO, alma, corazón; y A, AT, agua, río; y significa, por consiguiente, «aguas del corazón», «aguas muy profundas», etimología que concuerda con el hecho real de que las aguas potables no se encuentran, en dicho lugar, sino a muchos metros de profundidad. La duplicación del bisílabo YUA parece hacer el plural.

Hacia 1573, según el célebre cosmógrafo - cronista don Juan López de Velasco. XUAYON o YUAYUA tenía 60 indios tributarios o jefes de familia, lo que arroja una población entre 300 y 350 habitantes, y lo cita como uno de los pueblos pertenecientes a los encomenderos de la ciudad de Guatemala.

Según Antonio Carrandi y Menán, Alcalde Mayor de la villa de la Santísima Trinidad de Sonsonate, en 1732, los juayugueños se dedicaban exclusivamente al cultivo del trigo y del maíz, pues debido a lo templado del clima no disfrutaban sus vecinos de huertas de cacao.

La medición de sus tierras ejidales se llevó a cabo, en septiembre de 1753, por el Juez Subdelegado de tierras de la Provincia de Sonsonate don Juan Antonio de Bosque y Arteaga. Fué entences cuando los juayugueños donaron a los vecinos de Zalcuatitán, doce caballerías y cuarto de terreno, con las cuales éstos completaron, según sus títulos, una legua cuadrada de ejidos que dedicaron a la agricultura.

Con mucha antelación a ese suceso, los españoles, como una consecuencia de la colonización, llevaron a Juayúa el culto católico. Así, bautizaron y designaron al pueblo con el nombre de «Santa Lucía Juayúa» y fue agregado como anexo a la Parroquia o Curato de Apaneca.

En 1768, el Arzobispo de Guatemala don Pedro Cortez y Larraz visitó la referida Parroquia de Apaneca, con los pueblos anexos de Juayúa (Juajua, dice) y Salquatitan. Desde 1762, refiere, estaba administrado dicho curato por don Francisco Xavier de Herrera, quien tenía por Coadjutor al padre don Miguel Castrellón.

En aquel año, Juajua o Juayúa (los castellanos trocaron la Y original por J o X) contaba con 526 habitantes repartidos en 117 familias y manifiesta el señor Arzobispo que «el Ydioma materno, y que hablan entre si los Yndios es el mexicano pipil, aunque dice el Cura no necesitarse para la administración; porque todos entienden el Castellano». Era, pues, el pipilnáhuat el idioma vernáculo de Juayúa.

En el Plebiscito de 1823, los hijos de Juayúa se pronunciaron por la incorporación de la Provincia de Sonsonate al Estado de El Salvador.

DEL LIBRO EN PREPARACION
 "Caminos del Silencio"

De PASCUAL GUERRERO,
 (Miembro. Correspondiente.)

Cantemos al Silencio....

Al Poeta Enrique González Martínez.

*Cantemos al Silencio, hermano mío;
 cantemos al Silencio porque encierra
 todo el reposo del dolor; la tierra
 es como un gran silencio en el vacío.*

*La soledad, la luz, el viento, el río:
 floración ideal del Universo,
 brindan al alma la quietud que ansío,
 paz que corre en el cauce de mi verso.*

*Peregrino, tu sabes el encanto
 de la llanura insólita; viajeros,
 verted toda la luz de vuestro canto
 sobre el plácido amor de los senderos.*

*Amo el Silencio, porque mi alma errante
 allí encontró la fuente apesecida;
 mis ojos, ni siquiera un solo instante
 han podido mirar hacia la Vida.*

*Mis versos son extáticos caminos
 por donde todo lo ideal presencio;
 seguid por ellos, graves peregrinos,
 e iréis por los caminos del Silencio.*

.....

*Cantemos al Silencio, hermano mío,
 cantemos al Silencio porque encierra
 todo el reposo del dolor; la tierra
 es como un gran Silencio en el vacío.*

Grito en mi Soledad

A mi Hijo Fernando

*El día que me reintegre
a la dúctil arcilla
y en que el alma se alegre
de alentar la semilla
de la honda Eternidad...
Un hijo de mi carne
con ardor de mi espíritu,
será, con su voz flébil,
grito en mi soledad...
Lo mismo que en la vida,
la criatura despierta,
la criatura dormida,
dice siempre: «Papá...»
Y ese dulce vocablo
será en la noche eterna
grito en mi soledad...
Vale más, hijo mío,
que no digas «Papá...»*

Mahatma Gandhi

*El cuerpo enflaquecido, la sonrisa burlona,
dicen las inquietudes de tu mundo inferior;
el carbón de tus ojos que un incendio pregona
a tu raza vencida le da luz y calor.*

*Ni las regias mansiones ni la hora solemne
un instante alteraron tu habitual placidez;
ni aun cambiar lograron, sobre tu cuerpo indemne,
por regios atavíos tu semi-desnudez.*

*Con la túnica blanca que tu cuerpo enarbola
como mástil de acero, al espacio tremala
como signo inviolable de tu noble ansiedad.*

*Nutres tu rebeldía con la leche de cabra
y tal como la rueda, tu incansable palabra
hila un atormentado sueño de libertad.*

Paradoja

*Yo soy una locura,
una contradicción:
sonrío en la amargura,
amo sin corazón.*

*Impetu reversible
es para mí el amor;
persigo lo imposible,
gozo con mi dolor.*

*Mi vida es toda una
paradoja; fortuna
no ha de ser mi caudal.*

*Y en alegre tristeza
cultivo mi pobreza
con celo pasional.*

Filosofías Proletarias

*La viejecita del quicio,
hija de la noche oscura,
del hambre, de la amargura
descarnada como un vicio.*

*Lo que sobra, el desperdicio
calma su sed de ventura...
Y es tan sólo la locura
su espiritual beneficio.*

*Y yo pienso con tristeza,
ante esta pobre grandeza
de nuestra inhumana ley,*

*por qué la anciana del quicio,
descarnada como un vicio,
no fué la madre de un rey?*

PASCUAL GUERRERO

Apuntes Históricas

Como se Resolvían Asuntos de Trascendencia en la Época Colonial

El Célebre Cotón

Por Alfonso Espino

Por tradición, más quizá que de otro modo, conocerán algunos de los lectores el nombre de este personaje, que a fines del siglo XVIII, cuando Centroamérica gemía aún bajo el pesado yugo colonial, figuró como alcalde de Ahuachapán, que por aquel entonces formamaba parte integrante de la provincia de Sonsonate, el personaje de referencia.

Un documento encontrado en un archivo particular de Ahuachapán, pone de manifiesto el carácter autoritario del referido Cotón, quien, como la mayoría de los españoles que dominaran estos pueblos, hizo lujo de despotismo y de crueldad.

He aquí relatados en el documento a que aludimos algunos de los hechos referidos: «Por el año de 1795, estuvo de Alcalde don Manuel Pedro Cotón de Castro y Llorente, quien una vez en una de sus humoradas, hizo que se congregaran en el templo, ya casi entrada la noche, a todos los hombres y mujeres célibes de la ciudad. En el templo había luz pero él mandó apagarla y a cerrar las puertas para hacer más respetable la autoridad.

Todo así dispuesto ordenó profundo silencio y que se formaran

dos filas, una de hombres y otra de mujeres, dándose el frente; y luego con voz sonora ordenó: «que cada hombre tome por esposa la que le queda enfrente».

Resultó naturalmente de aquel abuso de autoridad, mejor dicho, de aquel crimen, que muy pocos quedaron satisfechos de la suerte que les tocó y se desató una ola de indignación contra el abusivo Cotón, pues uno a quien le tocó una tuerta, a otro una desnarigada, a otro una coja que fueron a quejarse al siguiente día, les contestó: «Vamos, hombres, confórmense que esa fué la suerte de ustedes».

Otra vez se presentó un acreedor pidiendo que se hiciera comparecer a un deudor para que le cancelara una cuenta pendiente que le tenía. Se hizo comparecer al deudor, el cual confesó en tono afligido que ciertamente debía la cuenta que se le cobraba, pero que no tenía como pagarla porque era muy pobre.

«Está bien, dijo Cotón, queda todo arreglado, no debes nada».

Ahora bien: por esa época parece que comenzó a usarse la forma legal de las cartas de venta, según puede verse por el autógrafo que copiamos

a continuación:

«Un real.— Sello tercero, un real, año de mil setecientos ochenta y ocho y ochenta y nueve.

Tres sellos que dicen respectivamente: «Hispania Rex Carolus III. D. G. «—». Para los años de 1795 y 1796—Valga por el Reynado del S. D. Carlos IV y por los A. De 1795 y 96.

En Sonsonate a catorce de Octubre de noventa y cinco. Ante mí don Manuel Pedro Cotón de Castro y LLorente, Tent. de Fragata de la Rl. arma, Alcolde de Mayor por S, M., Tent. de Capn. Genl. y Comandante de las Armas de esta Prova.— Compareció José Guillermo Vetancur, vecino de Ahuachapa, quien dijo que hace presentación del fierro de su uso y que acostumbra señalar los bienes que tiene por suyos en los Ejidos de este dho. Pueblo, y con que igualmente marca los que ha tenido y vende de su pertenencia por lo cual le previene que por ningún motivo hiciese venta o compra sin el preciso requisito de la marca y venta de dicho fierro y en la constancia de este documento para de este modo evitar los fraudes y continuos rovos que se están experimen-

tando en varias partes del Reyno: Pues el que contraviniese a lo contrario de lo que aquí se expresa incurrirá en la pena de veinte y cinco pesos de multa que se aplicarán por terceras partes, una para gastos de justicia, otra para obras públicas y otra para el que denunciare toda especie de fraude en las compras y ventas de los referidos bienes de compra de modo que con este requisito pueda averiguarse cualquier rovo que se ejecute y con solo el documento y la manifestación, quite los bienes que le hayan rovado, y entenderse todos con el fierro figurado al margen, reconociendo ser de su pertenencia, ocurriendo ante los Jueces Reales de la Provincia o lugar donde se hallaren para que se apremien y castiguen a los ladrones. Y para seguridad del interesado mando que se le dé un tanto de este documento quedando archivado el original para resguardo de este Juzgado. Y para que conste lo firmé con los testigos de asistencia por falta de escribano no de gl. — Certifico Manuel Cotón, Joaquín Calvo, José Antonio Cabrera. Hay tres rúbricas».

Es copia íntegra, con la ortografía original.

SCHILLER

Por el Pbro. Doctor Juan Bertis

Las tragedias alemanas, y particularmente las de Schiller, contienen perfecciones que suponen siempre una alma fuerte. Así se expresa la Baronesa de Stael, hablando del poeta cuyo nombre encabeza este ar-

tículo.

Nació Juan Cristóbal Federico Schiller en Marchbot (Wurtemberg) el 1 de noviembre de 1759, y dedicado al oficio de cirujano, bien pronto dió a entender que tan modesta

como prosaica ocupación, no se avenía con sus aficiones, ni podía bastar a satisfacer la aspiración que sentía su alma de elevarse sobre el pequeño escabel que la fortuna le había deparado. Entonces Schiller, como dijo el Eminentísimo Cardenal Monescillo en las honras fúnebres de Calderón, «lanzó a los campos tropas de bandidos en forma de héroes de comedia», atrayéndole este trabajo el odio del duque de Wurtemberg, que llegó a encarcelarlo, hasta que el poeta logró escapar, huyendo a Manheim. Dióse pronto a conocer en esta ciudad por su numen aventajado, logrando con sus apasionadas estrofas ser considerado en edad temprana aún, como uno de los mejores escritores de Alemania, en el mismo tiempo en que Goethe trastornaba el juicio de no pocos sedudos germanos. El poeta mostróse ardientemente republicano en «Los Bandidos», Guillermo Tell, La Conjuración de Fiesco y Cálalas y amor»: tiernamente romántico en «La Doncella de Orleans y María Stuardo»: apasionado hasta la injusticia en «Don Juan W.» y siempre melancólico, amigo de la libertad, ilusionado en «La Desposada de Messina y Wallenstein». Su fama como dramático quedaba asegurada con el éxito alcanzado por estas obras en que se confunden bellezas de primer orden con defectos inexcusables; pero Schiller, a semejanza de discípulo de Ketemlerg, del célebre autor de «Fausto», se sentía con alientos para cultivar otros géneros; y para demostrarlo prácticamente, escribió diversas poesías, sobresaliendo entre todas la magnífica «Canción de la Campana», una de las mejores de la lírica moderna; y habiendo sido nombrado catedrático de historia, dió a luz en 1790 su «His-

toria de la guerra de los treinta años», que con la «Separación de los Países Bajos de la Monarquía española», fueron los más importantes que en este ramo de literatura debíanse a su ingenio.

Hablando en general, los dramas de Schiller valen más que las ideas que vertió en sus trabajos sobre la ciencia de la belleza, y para nosotros no ofrece duda que mucho de lo que escribió en sus disertaciones «Sobre la gracia y la dignidad», y «Sobre lo sublime», así como en sus cartas y opúsculos, como «Los dioses de Grecia y la educación estética del hombre», fué arrastrado por las corrientes filosóficas que a la sazón predominaban en Alemania, y sin que él, envuelto en aquella atmósfera, se diese entera cuenta de lo que hacía.

Schiller, hombre honrado, que odiaba a los tiranos, ya ciñeran regia diadema, o vistiesen popular toga; espíritu noble que confesaba su respeto a la Iglesia católica y admiraba con envidia nuestra legislación sublime, no ocultando la repulsión que le inspiraba la demagogía, aunque algunas veces, sin saberlo, parezca algo más que un revolucionario, llegó a admitir de la Convención el título de «ciudadano francés», al que correspondió escribiendo «La Doncella de Orleans». El vate wurtemburgués fué testigo de todos los desmanes de la revolución más sangrienta que han presenciado los siglos, muriendo en Weimar el 9 de mayo de 1805, cuando el afortunado Napoleón había ya ceñido a sus democráticas sienas la corona imperial, y Alemania entraba en un corto período de calma relativa con los tratados de Campo-Formio y Presburgo, que erigía en reino el antes ducado de Wurtemberg. Alemania recordando con orgullo la gloria de

Schiller, celebró no ha mucho en su honor suntuosas fiestas, elevándose en Stuttgart una soberbia estatua en la que el inspirado cincel de Alberto Thorwalsen ha logrado representar, en opinión de los inteligentes, con exactitud admirable, los rasgos fisonómicos del célebre poeta.

El estilo de Schiller, singularmente galano, cautiva por la elocuencia de su lenguaje y la animación de sus descripciones. En la pintura de los caracteres creados por él es exacto, por más que en ocasiones resulta exagerado; la trama escénica, hábilmente combinada, y alguna vez irrepresentable; respeta muy poco la historia cuando conviene a sus creencias políticas; más dramático que cómico, brilla especialmente en las situaciones conmovedoras, en que se muestra elevado y digno, identificándose con algunos personajes cuyas desgracias interesan vivamente. Hecha excepción de algún drama y de algunas escenas, no es inmoral con la frecuencia que Goethe. Si no iguala en lo terriblemente dramático a Esquilo, ni a Sófocles en la pintura de las pasiones, ni en lo sombrío y trágico a Shakespeare, ni a Calderón en la verdad de la doctrina, es apreciableísimo, no obstante, en medio de sus defectos, descartándolos imparcial y prudentemente.

Vivió Schiller en una época de tan gran descreimiento, que no parecía sino que la virtud de la fe se había visto obligada a huir de Europa. La Enciclopedia informada en principios panteístas unas veces, y en los del materialismo con más frecuencia, difundía las doctrinas más erróneas, deslumbrando con el brillo de la novedad a inteligencias preocupadas. Voltaire fundaba sobre una máxima infernal toda una escuela, y, aprovechando el talento que a Dios

debía y el gran número de años que vivió, complaciase en combatir con satírico empeño cuanto encontró de noble y elevado. Rousseau trastornaba los cerebros con las utopías de su pacto social. La Place negaba, en nombre de una ciencia orgullosa, al Señor, cuyas glorias narran las innumerables estrellas del cielo; el barón D'Holbach atacaba la moral con desenfado inaudito; D'Alambert, Condorcet, Montesquieu, Lametrie y otros coadyuvaban con sus escritos a extremar más y más el desquiciamiento de las ideas, mientras Mirabeau lanzaba desde la tribuna los rayos olímpicos de su elocuencia, que venían secretamente a disiparse en las larguezas y bondades de los reyes que atacaba. La política, de ciencia nobilísima que procura el bien de los pueblos y la salvación de las sociedades, estaba convertida en arma vengadora de los ambiciosos, y arte seguro que dictaba los medios de escalar codiciadas posiciones.

Nunca las máximas de Maquiavelo fueron tan fielmente practicadas. En medio de su pretendido filosofismo y de su amor a la humanidad, la mayoría de los soberanos de este siglo, como Luis XV, verdadero sultán de Occidente, el gran Federico de Prusia, la parricida Catalina II y el autócrata José II de Austria no hicieron más que inspirarse en el monstruoso absurdo jurídico: «Quod Caesar vult, legis habet vigorem», ideado por los palaciegos cesaristas y traducido enérgicamente por Luis XIV en aquella frase célebre: «El Estado soy yo». Y donde los reyes fieles todavía a las enseñanzas de la religión, comprendían que la trascendental dificultad de su misión estriba en ser verdaderos reflejos de la justicia divina y padres solícitos y

amorosos de los pueblos, los políticos educados en la escuela del secretario de Florencia, contrarrestaban en parte los generosos propósitos de los monarcas, conduciéndolos por torcidos senderos en que entraban de buena fé; y de este modo cuando el rey se llamaba en Portugal José I, gobernaba en su nombre el marqués de Pombal, y cuando todos esperaban que continuase la era de próspera tranquilidad inaugurada por Fernando VI, gracias a las bellas cualidades personales de su sucesor Carlos III, el conde de Aranda mancha la memoria de tan bondadoso soberano con un acto de intolerable injusticia.

Nada tiene, pues, de extraño que un malestar general y un descontento espantoso se notara en todas partes, cuando los destinos de las naciones estaban encomendados a hombres de talento, sí, pero tan poco escrupulosos como don José Carballo, el abate Dubois, el atolondrado duque de Choiseul, el cismático obispo Patoya Scipión Ricci y otros de este jaez. Una sociedad donde el mal ejemplo de los de arriba se reflejaba centuplicándose en los de abajo: una sociedad minada por todo género de disolventes teorías; una sociedad donde la negación y el escepticismo y los odios encarnizados, y la inmoralidad corroedora, imperaban por completo, una sociedad que se divertía con las desvergüenzas de Pigault Lebrun y con las jácaras eróticas de Diderot, no era más que una mina dispuesta a reventar a la aproximación de la más débil llama; no era otra cosa que un infecto pantano que, al ser removido por la causa más insignificante, asfixiaría a cuantos respirasen las miasmas deletéreas de que estaba saturada la atmósfera. Y el sacrificio del desgraciado Luis

XVI, y las jornadas sangrientas del 2 y 3 de septiembre, y las matanzas horribles de Tolón y de Arrás, de Nantes y de León, el recuerdo del Terror, y el estruendo y atropellado caer de gobiernos y de Estados, y la guerra europea, y todo aquel cúmulo inmenso de desastres que no hay para qué recordar, fueron las consecuencias lógicas e inevitables de aquella situación excepcional.

Nacido Schiller en el seno del protestantista, y educado en el odio a los Pontífices y a la Iglesia Católica, creció en medio de una sociedad cuya delustrada pintura queda hecha con pálidos colores en el párrafo anterior; y fácilmente puede colegirse desde luego, que, a menos de un prodigio de la Grecia, tampoco el poeta en tales condiciones colocado habría de distinguirse por lo fuerza de sus doctrinas religiosas, ni era lo más probable, que, sin tiempo, tranquilidad, ni estudios suficientes, se decidiera a dejar la religión de sus padres, religión que ningún sacrificio en sentido alguno exigía de él, para abrazar una que, como la que por dicha profesamos, tanta abnegación requiere, si se ha de practicar de la manera que Dios manda.

Pero como es gloria inmarcesible del catolicismo haber contado en el número de sus adeptos a las más preclaras inteligencias que han existido en el mundo de diez y nueve siglos a esta parte, arrancando a los pocos sabios que no se han alistado bajo su bandera las más sinceras confesiones en su favor, pues el poder de la verdad es irresistible. Schiller no pudo menos de fijarse en una institución que, siendo calificada de débil y caduca, y por añadidura incompatible con la civilización y con la libertad, atraía sin embargo la mirada de todos los hombres pensados

res y era la constante pesadilla de todos los sectarios.

Mal se compaginaba aquella afirmación con este hecho; y Schiller debió observar que aquella Iglesia que tenía sobre sí el peso abrumador de cerca de diez y ocho centenares de años, desafiando como invencible titán en la plenitud de su vigor, todos sus innumerables enemigos, oponiendo el argumento a los sofismas, el perdón a las injurias, el ascetismo a la disolución. Lejos de acobardarse ante tan desigual lucha, tronaba con insuperable energía contra los vicios multiplicados, y conminaba con terribles penas, lo mismo a los poderosos sin conciencia que a la plebe sin moral, cual si tuviese de antemano asegurado un triunfo que presentaba por demás dudoso. Y Schiller, a pesar de que sentía embargada toda su alma por el brillo deslumbrante de la antigüedad clásica, cuyas ficticias grandezas le habían enamorado por completo, no pudo impedir que germinase lozano en su pecho un sentimiento de admiración hacia la Iglesia santa, objeto de tramaños embates.

Si no puede afirmarse, pues, cómo algunos lo aseguran que Schiller se hiciera católico, quizá por no poder sustraerse a la influencia maléfica de la atmósfera que respiraba, no obstante, con varonil entereza y noble sinceridad dió público testimonio de sus ideas en materia tan delicada. Si bien es cierto que, con solo unir párrafos de las obras de Voltaire, de Emilio de Rouseau, del ensayo sobre la pintura, de Diderot y hasta el mismo Diccionario de Beyle, sin aditamento extraño ninguno, se podría escribir la más bella apología de la religión, tampoco deja de ser una verdad menos clara la de que, por razón de sus estudios más profundos

estos filósofos tenían que rendirse muchas veces, bien a su pesar, a la evidencia: mientras que Schiller, aun cuando se dedicara a más serios trabajos que los de la poesía, nunca fueron de la importancia y trascendencia de los ya citados. En las confesiones de los enciclopedistas franceses hallamos más de una vez la imposición de la verdad; en las del dramático wurtembergués hay una espontaneidad manifiesta, y parecen percibirse en ellas los fuertes latidos de su corazón, subyugado por las grandezas divinas. No otra convicción se adquiere leyendo aquella tierna y delicadísima escena séptima del acto quinto de su drama «María Stuardo». La lamentación de la desgraciada reina tiene un encanto que en vano se hubiera esforzado en comunicarle, a no haber sentido emociones algo semejantes. El corazón no se basta a sí mismo, dice; la fe reclama una prenda maternal para tomar posesión de los bienes del cielo. Por esto Dios se hizo hombre, y dió forma visible en el misterio a los invisibles dones celestiales. La Iglesia, santa y sublime Iglesia, establece el lazo de unión entre el cielo y nosotros, y es llamada católica y universal, porque en ella la creencia de todos fortalece la creencia de cada uno. Cuando millares de fieles adoran y rezan, la llama se eleva de la hoguera, y el alma desplegando sus alas, vuela al cielo ¡oh! ¡.....! Felices los que se congregan para rogar en la casa del Señor!... Ornado el altar, resplandeciente de luces, suena la campana, se esparce el incienso; el celebrante revestido de su inmaculada túnica, toma el cáliz, lo bendice, proclama el sublime milagro de la transfiguración, y el pueblo, persuadido y fervoroso, se posterga ante un Dios

presente...! Ay de mí Solo yo, excluído de esta comunidad no veo llegar hasta este mi calabozo la bendición del cielo». ¡Qué lenguaje tan diferente al que emplean muchos que, al renegar de su religión creen con razón quizás, que también deben romper con los preceptos del decoro y las reglas del buen gusto.

Presenta Schiller en este drama a un personaje con quien parece identificarse por completo. El simpático Mortimer, al admirador entusiástico de la infortunada reina de Escocia, al referir la historia de su conversión al catolicismo, bien podría ser que trazara a grandes rasgos mucho de lo que debió sucederle al joven cirujano de Marchboth, que con toques tan magistrales lo presentaba en escena. Oigámosle y descansarán en tanto nuestros lectores de nuestra prosa sin aliño: «Contaba veinte años, señora, exclama, dirigiéndose a la desventurada hija de Jacobo V; había sido educado en severos principios, me había nutrido con el odio al Papado, cuando un invencible deseo me llevó al continente. Dejé a mi espalda las sombrías predicaciones de los puritanos y abandonando mi país natal, crucé rápidamente Francia, y corrí con ardor a visitar la famosa Iglesia. La Iglesia celebraba por entonces solemnes fiestas; hallé los caminos que hubo de atravesar atestados de peregrinos, las imágenes de los santos coronadas de flores: parecía que la humanidad entera se dirigía en peregrinación al cielo. El torrente de esa muchedumbre de fieles me arrastró consigo, y me condujo a Roma. Ignoro qué fué de mí señora, cuando ví elevarse ante mis ojos aquellas columnas, aquellos pomposos arcos... cuando el esplendor del Coliseo cautivó mi alma y el genio de la escul-

tura desplegó en torno sus maravillas. Yo no había sentido nunca la magia de las artes: la religión en que había sido educado las desdeña, y no tolera imágenes ni nada que hable a los sentidos; sólo quiere la palabra seca y concreta. ¡Cuál sería, pues, mi emoción al entrar en la Iglesia al oír la música que parecía descender del cielo... al ver en los muros y bóvedas aquella multitud de imágenes representando al Todopoderoso, al Altísimo, que parecía moverse a la vista! Contemplé arrobado los cuadros divinos de la Salutación del Angel, el Nacimiento del Salvador, la Santa Madre de Dios, la Divina Trinidad y la brillante Transfiguración... ..! presencio, por fin, el sacrificio de la Misa, celebrada por el Papa, que en todo su esplendor bendecía al pueblo. ¡Ah! Qué valen comparados con tanta magnificencia, el oro y las joyas de los reyes del mundo? Sólo él se ofrece, ceñido de divina aureola; su palacio parece el reino de los cielos, que allí se ve no es cosa de este mundo». Quien de este modo se explica, parece increíble que pudiera permanecer sumido en los errores del protestantismo. Aquella relación tan natural de su primera educación, la impresión que le causaron las ceremonias augustas de la Iglesia, todo está descrito de mano maestra; pero si su corazón se rindió, no así su extraviada y rebelde inteligencia. Todavía quiso buscar el convencimiento en la discusión científica, para ver si de ella brotaba la luz como del célico concierto de las bellas artes. No fué una conversión irreflexiva, apasionada.

No sabemos si Schiller llegaría alguna vez a intentar esto; pero en boca de Mortimer pone unas palabras que explica perfectamente el cambio

de ideas que en este personaje se operó, merced a los razonamientos del cardenal de Guisa, que remataron la obra que el resplendor del culto comenzara. Hablando de dicho príncipe eclesiástico, a quien enalza y pondera, se expresa así: «Este hombre excelente se dignó descender desde las alturas de su doctrina para disipar las dudas de mi ánimo: mostróme cómo las sutilezas de la razón conducen siempre al error; que los ojos deben ver lo que el corazón debe creer, y la Iglesia tiene necesidad de un jefe visible... que el espíritu de la verdad presidió a las sesiones de los concilios... Las locas presunciones de mi adolescencia se desvanecieron ante su persuasión y victoriosos argumentos. Entré en el seno de la Iglesia católica, y abjuré en sus manos mis errores».

Así hablaba el dramaturgo alemán, republicano por convicción y

protestante por nacimiento; y en medio de las rugidoras tormentas de odio que estallaban contra la Iglesia, no vaciló en dejar oír su voz en este sentido tan explícito, que no podrá decirse que obedecía a las exigencias dramáticas, toda vez que tan largas narraciones no eran necesarias ni de seguro efecto. No sabemos que, públicamente al menos, abrazara el catolicismo, ni que en los momentos supremos de la muerte detestara los errores religiosos en que vivió, como lo hicieron sus sectarios Boulanger y Montesquieu, Barly y Fontenelle, Lametrie y Tousainte, con muchos otros; y por esto mismo son más valiosas sus confesiones, entre las que descuellan las ya copiadas. Si Schiller hubiera vivido en otro siglo más piadoso y en otra sociedad menos corrompida y trabajada, indudablemente la Iglesia lo hubiera contado entre sus hijos más predilectos.



Historia de la Pedagogía

(Continúa)

Por el Profesor Gilberto Valencia Robleto

Federico Froebel

Fué otro de los grandes innovadores en la educación de la niñez. Nació en Oberweisbach en Turingia el 12 de Abril de 1872, quedó huérfano de madre desde sus primeros años; su padre lo llevaba consigo a las escuelas de las aldeas, en donde pudo observar el desagrado con que los niños asistían a las escuelas, lo

que le impresionó hondamente, y más tarde, le hizo buscar un medio de enseñar bajo una forma más agradable. Estudió en la Universidad de Jena y siguió la carrera de arquitecto. Estando con el Profesor Grunner, en cuyo colegio dió varias clases, desarrolló su vocación. Froebel se consagró a la educación de

los niños. Encontró en el juego el factor más importante de la actividad y del goce de ellos, y en esto fundó su sistema de enseñanza. Su talento investigador halló el medio más eficaz de promover los movimientos espontáneos de la actividad del niño para tener la revelación del alma infantil y poder desarrollar la psicología de la infancia, una de las bases fundamentales de la Pedagogía moderna, y el juego que es una necesidad para el niño, le sirvió de base para formar el Kindergarten que le da una enseñanza gradual e integral al mismo tiempo que lo deleita.

Froebel tomó parte en la guerra de independencia de su patria de 1813 a 1814, estuvo como profesor de la Universidad de Estocolmo, pe-

ro por su decidida vocación, renunció este alto puesto para consagrarse a la educación de los niños. La primera escuela la fundó en Gueshem, en 1816, y más tarde fundó el Kinder en Blakemburgo. Además de la educación integral, el Kindergarten establece la ampliación de la esfera de la intuición infantil, por los juegos y los trabajos manuales combinados con sencillos cantos, ejercicios de Dibujo, narraciones al alcance de los niños y el cuidado de los animales y de las plantas. Los Kindergarten tuvieron éxito y se extendieron por todas partes. La Baronesa de Marenholt y Walter Langué fueron los más ardientes propagandistas del Kindertgarten. Froebel fué discípulo y amigo de Pestalozzi.

* *

La acción de la doctrina pedagógica que reúne las escuelas superiores y las escuelas populares sobre la base de idénticos principios facilitó el movimiento de la Pedagogía ya enriquecida con la nueva ciencia de la Paidología, es decir conocimiento del niño que algunos consideran como el último capítulo de la Psicología infantil, fué debido al impulso de Federico Herbart profesor de Filosofía de la Universidad Gotinga que trató de de la más ingeniosa manera «la Pedagogía y la Filosofía derivando el fin superior de toda cultura de la Ética». Escribió su Pedagogía general y el bosquejo de Lecciones de Pedagogía y fundó un seminario en Koenisberg en 1804.

No es posible indicar todos los progresos alcanzados por los grandes maestros en particular, pero sí de una manera general en las adquisi-

ciones hechas por Rousseau, Pestalozzi, Froebel y Herbart hasta dar a la Pedagogía el ensanche que ha alcanzado.

La Teoría de la evolución Hegeliana contenía implícita la teoría de la evolución moderna de la Marck, de Saint Hilaire, de Goethe, de Spencer y de Darwin. Desde la última década del siglo XVIII a las primeras del siglo XIX con los trabajos de Locke, Jobbs, de Berkeley, de Baine de los dos Mill, Calton y Spencer se había intensificado el estudio de la Psicología por medio de la introspección para llegar al conocimiento de los fenómenos psicológicos ya no bajo la base de la Metafísica.

En 1787 Tiedman escribió una obra interesantísima «que consignaba las primeras observaciones sistemáticas acerca del desenvolvimiento

mental del niño», obra que pasó desapercibida y que solamente fué conocida 50 años más tarde cuando fué traducida al francés primero por Michelan, y después por Bernard Pérez, pero no basta para el estudio de la Psicología infantil la observación de los fenómenos psíquicos, ni la sola introspección, siendo necesaria la experimentación tanto en el niño como en el adolescente». «El estudio de casos patológicos, las anomalías en el espíritu normal y al estudiar cada acto psíquico remontarse a su origen, estudiar su desenvolvimiento y en solución de continuidad establecer su historia. De esta manera el estudio del alma infantil se intensificó y se crearon nuevas ciencias: la Psico-física y la Psicología fisiológica que estudian respectivamente el fenómeno psíquico y el exitante físico, y la conexión entre esos fenómenos y los del sistema nervioso».

Preyer, notable psicólogo alemán escribió un libro acerca del alma del niño que contiene una serie de observaciones experimentales muy valiosas para el acervo del conocimiento del niño o sea de Paidología.

(1796 - 1859). Entre los educadores se distingue Horacio Mann, famoso maestro norte-americano que nació en Franklin, Massachussets el 4 de mayo de 1796. El mismo refiere su vida en sus primeros años que pasó entre penas y trabajos. «Considero como una desgracia dice, no haber disfrutado de comodidades en mi niñez. En invierno y en verano mis labores eran tan recias que muchas veces no alcanzaba aún a satisfacer mi sueño. Siempre tuve gran deseo de aprender, pero mis escasísimos recursos hicieron imposible conseguir libros para satisfacer esta sed devoradora por la ciencia. En

cuanto a mis costumbres puedo decir que no estaban contaminadas por los vicios comunes». Hizo sus estudios de abogado en la universidad de Brown con mucha brillantez y luego fué electo diputado por el Estado de Massachussets y siempre trabajó porque se establecieran reformas tendientes al mejoramiento social. Creó el Consejo de Educación de su estado y trabajó en la prensa y en la tribuna por reformar la Educación Pública; su obra principal fué la colección de 12 informes que presentó siendo Secretario de Educación, a su respectivo Gobierno, de los cuales el quinto y el sexto son los más importantes; en el quinto, se ocupa de la preparación eficiente de los maestros, de las escuelas normales, de las publicaciones relativas a la educación etc. y en el sexto da un informe del estado de la enseñanza en Europa, describiendo magistralmente el estado de adelanto de las escuelas europeas que le tocó ver. Organizó convenciones de maestros, se ocupó de la higiene de las escuelas y de buscar los mejores métodos de enseñanza. Horacio Mann, como todos los espíritus escogidos, supo también de las mordeduras venenosas de la envidia, pero pudo triunfar, y por la alteza de su carácter supo perdonar y olvidar. Murió en 1859 perdurando a través del tiempo su obra.

En la República Argentina Domingo Sarmiento se distinguió como estadista, como orador, y como hombre de acción; pero donde culmina su gloria es en su actuación de maestro «alcanza, dice un inteligente escritor, lo futuro con la clarísima visión de que ante todo y sobre todo era menester educar la población, crear escuelas comunes para enseñar los rudimentos elementales, organi-

zar el régimen educacional, formar maestros, introducir la enseñanza superior de las disciplinas científicas, preparar en una palabra a la vez un pueblo instruido y una clase dirigente ilustrada».

Nació en San Juan el 15 de Febrero de 1811 y murió en Asunción capital del Paraguay el 11 de Septiembre de 1888. Fué muy dado al estudio, desde niño tuvo la suerte de tener en el hogar una madre culta y amante a la que amó con ternura sintiendo la benéfica influencia maternal que ha contribuido a formar muchos grandes hombres; a ella dedicó una de sus obras más bellas: «Recuerdos de Provincia», escribió varias obras como «Facundo», «Campana del Ejército Grande», «Comentarios de la Constitución» y varias obras sobre educación, donde en un lenguaje elegante expresaba la altitud de sus ideales. Sarmiento fué incansable luchador durante su vida entera, y viajó por diferentes países procurando implantar en el suyo todo lo bueno que veía en países extranjeros; de las humildes aulas de la escuela llegó a la primera magistratura de su patria y pudo desenvolver sus magnos proyectos. Fundó escuelas especiales de minería, quintas de agronomía como campos de experimentación para las escuelas, la Facultad de Ciencias Naturales en Córdoba, el Museo de Buenos Aires, el Observatorio Astronómico, la Escuela Militar y Naval, Escuelas Normales y Bibliotecas, podemos decir que consagró toda su vida al engrandecimiento y bienestar de su patria que hoy le recuerda agradecida. Últimamente en la habitación en que nació Sarmiento se ha fundado un atractivo Museo.

Los psicólogos ingleses como Hobbs, Locke y Berkeley se consi-

deran como los precursores de la pedagogía en Inglaterra.

Wolf se hizo notar en el siglo XVIII, los Mill, Herbert Spencer, Alejandro Bain, Galton, etc,

Spencer (1820 - 1903) escribió su interesante auto - biografía y el libro «EDUCACION FISICA INTELECTUAL Y MORAL». En sus primeros años el ambiente en que se desarrolló su vida fué muy favorable a su educación; su padre era un inteligente profesor que lo envió al campo donde el joven Spencer adquirió una educación física excelente; fué un joven sano y fuerte que emprendió sus estudios sobre la base de la observación y de su propia actuación que pronto le dió el éxito. Indicaba que no había razón para que se excluyera de la cultura física a las niñas porque estando dotadas de las mismas facultades físicas que los niños, debería educarseles igualmente. Considera la educación como un fenómeno biológico estableciendo la biología como base fundamental de la educación, atiende a los factores que desenvuelven el proceso educativo y al educar al hombre trata de hacerlo útil a la sociedad en que vive.

Alejandro Bain escribió un interesante tratado: LA CIENCIA DE LA EDUCACION en el que hace referencia también a los factores propios de la educación basados en la ciencia psicológica.

Darwin que publicó entre otras obras la llamada «Bosquejo Biológico de un Niño».

Sully, cuya obra: «Estudios de la Niñez se considera como la mejor en su género.

La Pedagogía se desarrolló merced a dos corrientes poderosas, la de los Afiliados al Asociacionismo Inglés que dieron por base al estudio

de la Pedagogía la observación y la introspección para estudiar los fenómenos psíquicos ya no bajo la base metafísica y la de los psicólogos alemanes como Fechner Chelmhaltz Weber, y Wundt que crearon dos nuevas ciencias: La Psico - Física y la Psicología Fisiológica.

Dirigieron primero sus investigaciones al estudio de la parte psíquica del hombre y al estudiar el complicado mecanismo no pudieron al principio encontrar la senda que buscaban, pero llegaron a la conclusión de estudiar la Psiquis Humana en el niño y trataron entonces de estudiar sus antecedentes investigando las influencias hereditarias, cuyo conocimiento se estudia actualmente en la psicología infantil.

En la segunda mitad del siglo XIX el movimiento en favor de la Pedagogía y de las ciencias en que ella se funda se ha acrecentado de una manera notable. El profesor Tuición Ziller fundó en Leipzig un Seminario al cual estaba agregada una escuela para la práctica de las clases. Mr. Strumpell escribió la Patología Pedagógica que amplió el horizonte de las superiores alcanzaron gran desarrollo estas últimas debido al impulso dado por Federico Raulsen y por Guillermo Munch. En 1872 se publicaron las Disposiciones generales que incluyen el desenvolvimiento de las escuelas medias y la creación de las escuelas auxiliares para los niños retrazados, en 1841 Guggenbuhl había establecido las escuelas para los cretinos cerca de Interlaken en Suiza.

En Alemania se publicaron y se publican notables revistas dedicadas al estudio del niño como la *Kinderfelherws* escrita por notables psicólogos como Zimer, Reupder, Koch y Ofer.

En Inglaterra se publican revistas que se ocupan de Paidología como la Asociación Nacional Educativa de Padres y la Asociación Británica del estudio del niño fundada en 1894.

En Francia las obras de Taine, Egger, Compayré, Bernard Pérez, Binet, Pleury y otros distinguidos psicólogos y médicos que han aportado valiosos conocimientos del niño.

En Italia los trabajos de Garbini, Otolonghi, Lombrosso, Itard y Seguin han enriquecido con valiosas experiencias y estudios en esta ciencia.

Baldwin notable psicólogo que escribió «El Desarrollo Mental en el Niño y de la Raza» Tracy escribió también otro libro muy interesante «Psicología de la Niñez que debe ser conocida por todos los educadores.

El doctor Warner ha publicado muchos artículos dedicados a las investigaciones del desarrollo mental en los niños.

Algunos psicólogos como Kemnises, Henry y Binet, han querido medir la fatiga y el grado de intensidad de las potencias psíquicas de los escolares aplicando a los niños varios aparatos e instrumentos como el ergógrafo, inventado por Mosso para medir la energía física. «Antes y después de un trabajo mental». Otros han empleado varias palabras de un idioma extraño o problemas de matemáticas, etc.

Bünsterberger escribió el libro: *La psicología y el Maestro*, Binet profesor de psicología de la Sorbona y Director del Laboratorio publica sus trabajos en la importante revista: *El Año Psicológico* y la Biblioteca de Psicología y de Pedagogía. Fundó una sociedad de maestros médicos y otros profesionales para

emprender el estudio de la psicología infantil, se publica también en París el Boletín La Higiene escolar por la Liga de los médicos y de las familias que constituyen dicha liga. Tienen un laboratorio destinado a los alumnos de la Escuela Normal dirigida por Mr. Lavisse.

En España los trabajos de Saenz del Río: La Psicología del Niño y los de Machado y Alvarez, los de Unamuno escritos hace poco tiempo y los de Alcántara García, Cardenera, etc., escritos anteriormente. Se ha creado un Laboratorio de Psicología aplicada en el Museo Pedagógico Nacional.

Son notables también los escritos del Doctor Ramón Y Cajal acerca del sistema nervioso.

En los Estados Unidos el desarrollo de los estudios de Psicología se debe a Stanley Hall que con perseverante trabajo ha dado numerosas conferencias sobre educación, ha fundado sociedades dedicadas al estudio del niño y ha escrito notables revistas como el Seminario Pedagógico.

«Un gran esfuerzo es necesario para dar idea del desarrollo que han alcanzado estas investigaciones en

dicho país, pero la selección se impone, aunque no sea tarea fácil.

El inmenso número de libros, de artículos, de trabajos de laboratorio, de estadísticas sobre miles de niños, de noticias en suma de todas clases, han hecho con justa razón que se llame a ese país, la tierra clásica del estudio del alma infantil. «Tan grande es el movimiento, que algunos escritores han afirmado que, la filosofía que en el porvenir ha de sustituir al neo-hegelianismo (tal vez allá dominante en la actualidad) será una filosofía fundada en los resultados de la Paidología».

Un dato bastará para comprobar lo que decimos. Según los artículos publicados en el «Pedagogical Seminary» de Octubre de 1895 y del mismo mes de 1896, de la notable paidóloga Miss Sara E. Wiltse, se hicieron trabajos especiales y se dieron enseñanzas de este asunto, en esos años, en 18 y en 20 universidades».

Chrisman escritor americano educado en Alemania, su obra principal es: La Paidología, tratando de hacer de ella, una ciencia independiente de la Pedagogía y de la Psicología Infantil en la cual se funda.

La Pedagogía en el Siglo XX

Se debe a Chrisman pues la creación de la Paidología, el mismo indica que esta ciencia del niño «tiene por objeto reunir todo lo concerniente a la naturaleza y desenvolvimiento del niño donde quiera que este material se encuentre y organizarlo en un todo sistemático. Su único propósito es su estudio científico del educando en todas sus direcciones, a fin de llegar al conocimiento íntimo de su naturaleza... Los niños

deben ser estudiados en el laboratorio, en la casa, en la calle, en sus juegos, travesuras y luchas, deben ser estudiados en los pueblos civilizados y en los no civilizados; en sus fases normales y anormales... y siempre bajo los tres aspectos:

El Psicológico el Fisiológico y el Moral...» Debido a esta conquista, en este siglo la corriente de intensificación de la Paidología y de las ciencias que la auxilian o la comple-

tan ha tomado incremento; se establecieron laboratorios especiales en Breslau, Karlsruhe, Leipzig en Heidelberg en Alemania, bajo la dirección de notables psicólogos como Ebinghaus Lay Meuman el mismo Chrisman Krabelin Gross y otros. En Bélgica se ha trabajado con empeño. Shuyteb cultiva con éxito admirable la Psicología experimental. Fundó anexo a las escuelas Municipales de Amberes el servicio de Paidología con el laboratorio que dirige, y redacta varias publicaciones importantes entre ellas la Sociedad Pedagógica.

En Bruselas capital de Bélgica hay establecidas escuelas de Anormales, una de ellas es el Instituto Médico Pedagógico de Uccle dirigido por Decroly y las Señoritas Monchamp y Descoedres, la doctora señorita Joteyko dirige otro centro de Paidología en Bruselas y las escuelas normales de Mons y Charleroi, colabora con él la señorita Varia Kipiani.

Jonckher y el Dr. Rouma que han escrito muchas obras sobre educación, actualmente el Dr. Rouma hace una gran campaña educativa en Bolivia.

En Italia se publican varias revistas: La revista Pedagógica redactada por Credaro.

En Rusia se distinguen Sikorsky y Schajeff que dirige el Instituto Psico-Paidológico de Petrograd.

En Suiza el profesor Guex que redacta el Educador. El Dr. Claparede Profesor de Universidad de Ginebra que es un espíritu selecto que ha investigado la psicología del niño con la amplia visión de los psicólogos ginebrinos que desde Rous-

seau se han ocupado de Educación...

El Dr. Bovet, Wannod y la Srita. Evard se ocupan de Psicología:

En Francia el movimiento de la Paidología se debe a Mr. Persigout ayudado por los Drs. Boncourt y Clavière, y por el Profesor Blum de Lyon.

Ha ayudado la cooperación femenina de esclarecidas educadoras: Paola, Lombrosso y la Dra. María Montessori fundadora de las «Casas dei Bambini» en Italia. Las Sritas. Joteyko, y Monscham en Bélgica y en los Estados Unidos Miss Shim, Miss Clipperton y Miss Sara Wiltse. Luisa Alcott que ha escrito muy delicados libros dedicados a la niñez y Mabel Boardman, Miss Julia Lathrop y una pléyade de inteligentes escritoras que se dedican al estudio del niño y al mejoramiento y bienestar de la sociedad.

Laura Cuenca en México y Gabriela Mistral en Chile han emprendido también una campaña en pro de la niñez.

En la actualidad las obras del Dr. Senet y del Profesor Mersante cuya obra principal versa sobre la actitud matemática del niño, el Dr. Patrascoiu que ha escrito un Curso completo de Psicología, un Tratado de Paidología, un Curso de Lógica, Manual de Práctica y Crítica Pedagógicas etc.

José Ingenieros uno de los más ilustres escritores psicólogos que aborda temas de trascendental importancia con maravillosa lucidez.

Carlos Bunge esclarecido representante de la mentalidad Argentina que se ocupa en la educación, en la República Argentina.

(Continuará)

Informaciones

Murió el Miembro Fundador don Manuel Alvarez Magaña, Poeta Lírico

El 28 de agosto falleció en esta ciudad capital, el Miembro Activo don Manuel Alvarez Magaña y quien, con otros intelectuales que ya desaparecieron de la existencia, fundara el ATENEO DE EL SALVADOR, en el año de 1912.

Alvarez Magaña dió prestigio a las letras salvadoreñas. Numen de atrayente exposición lírica; por los años de principio de siglo, mantuvo el prestigio de la emoción. Obtuvo varios premios en lides de arte y predomios mentales. Sugestivo y emocional, el término exquisito, en lo que corresponde a esas expresiones emotivas, está bien aplicado.

Gallardo y de porte elegante, personalmente, su poesía, por estos países de la América Central, fué de transición entre el romanticismo y el simbolismo, y Modernismo francés. No lloraba, como los románticos del siglo pasado, pero nutría el verso de ternura, de sentimentalidad, de fluidez tierna, candorosa y delicada.

Ultimamente, la edad y la pobreza, ésta que es la fiel compañera de los poetas, como lo fueron aquellos románticos, de la bohemia lunática y herbosa, de melena al viento y corbatas de un negro flotante; pues ello lo condujo a lo que tiene que llegarle a todos. Murió Alvarez Magaña en ese 28 de agosto, en medio de una cuasi diferencia ambiente, puesto que las preocupaciones y batallas de la guerra, que tocaba a término en esos días, no daban lugar para pensar en los hombres de letras

y menos en un poeta, como lo fué Alvarez Magaña.

Así lo despedimos.

Unos cuantos concurren al cementerio a dejarlo en un rectángulo que se abrió para que un cuerpo vaya a disolverse; que la poesía, queda diseminada: esa poesía de Alvarez Magaña, puesto que no publicó ningún libro.

El ATENEO DE EL SALVADOR, ha colocado su ofrenda sobre la tumba del poeta y le recuerda con cariño en su trayectoria dura y amarga por la existencia.

Enviamos nuestra condolencia a la viuda del extinto, lo mismo que a sus hijos.

Miembro Correspondiente, la señorita Lola Soriano

En la sesión del 25 de agosto, fué nombrada Miembro Correspondiente del ATENEO DE EL SALVADOR, la señorita profesora Lola Soriano, residente en Managua, Nic.

Merece tal distinción quien ha sabido hacer de la vida una lección y una escuela. Maestra por temperamento y por vocación, intelectual en virtud de un ejercicio de mente, el estímulo ha de llegar oportuno.

Goza ella de las prerrogativas de los Miembros Correspondientes y se espera que su colaboración por la cultura sea eficaz.

El Dr. Tobar y R. en la Universidad Autónoma

Antes de partir para Lima, el Dr. Enrique D. Tobar y R., quien había sido acreditado Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Gobierno hermano en El Salvador, sustentó importante conferen-

cia en la Universidad Autónoma de El Salvador, intitulada IGNACIO GOMEZ, salvadoreño eminente que vivió en el Perú y que representó a dicho país en el exterior.

El doctor Tobar y R. relató de modo galano las acciones mentales y lo que significó el distinguido hombre público, de tal modo que el auditorio selecto, le escuchó con cariño y devoción a través de su viaje sobre la ruta que siguiera el doctor Gómez en la existencia. Tal conferencia la dedicó a la Academia Salvadoreña Correspondiente de la Española, a la de la Historia y al Ateneo de El Salvador, del que es Miembro Correspondiente.

Fué muy felicitado el doctor Tobar y R. por su pieza de trazos bien cortados y de singular atracción, tratándose como se trataba de un salvadoreño que prestigió a su patria con lucidez y talento.

Don José María Villafañe, Miembro Honorario del Ateneo de El Salvador

Acertado, justo y altamente estimulativo, ha sido el nombramiento de MIEMBRO HONORARIO DEL ATENEO de El Salvador, dado a don José María Villafañe quien, a su vez, ha estimulado de modo real y certero, las letras salvadoreñas en los intelectuales que han publicado sus obras, las que sin la cooperación de él, no hubieran sido fácilmente editadas.

Don José María Villafañe es un hombre que sabe lo que vale el pensamiento cuando éste ha sido impreso. Tiene conciencia exacta de lo que es un hombre de letras en este medio torrurador y aniquilante; ese hombre de letras que no tiene apoyo alguno de nadie, ni del público, pero

que sin embargo, hace sudar su alma y su cerebro, para que lo que piensa y siente, sea trasladado al papel.

Pues don José María Villafañe, toma a ese hombre y hace que su libro sea editado, a fin de que aquello no quede perdido ni para que el tiempo haga de ello polvo.

Por eso es que el ATENEO DE EL SALVADOR, espontáneamente y a iniciativa de uno de sus miembros, dispuso extenderle el título de Miembro Honorario, con lo que no se hace sino reconocer su obra, estimularla y hacerle ver que ella está siendo apreciada dignamente.

Merece tal título y con él, goza de las excelentes prerrogativas que tienen los Miembros Honorarios de nuestra Institución.

Don Francisco R. Osegueda, recompensado por sus años de labor

Conforme lo disponen los Estatutos, los Miembros Activos que han cumplido veinte años de actuar dentro del ATENEO, pasan —si ellos así lo disponen— a ser Miembros Honorarios. Don Francisco R. Osegueda, que tiene más de veinte y dos años de servir a la Institución y de laborar con cariño, constancia y lealtad, ha merecido aquella distinción acordada recientemente, por lo que se le ha extendido el título como tal, a efecto de que la preeminencia que concede tal nombramiento, le dé el puesto honorífico de que ya disfruta.

Así, quien era Miembro Activo y que ha desempeñado cargos en la Directiva del ATENEO, pasa ahora a ser Miembro Honorario en virtud de sus años de servicio dentro de la institución.